

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA AZCAPOTZALCO
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA**

**“UNA BREVE REVISIÓN TEÓRICA DE LA GEOMETRÍA POLÍTICA:
UBICACIÓN ESPACIAL DE LOS PARTIDOS DOMINANTES EN LAS
CAMPAÑAS ELECTORALES DEL 2006”**

**TESINA QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADA EN SOCIOLOGÍA PRESENTA**

**LOUISE BARNER KJAERGAARD
MATRÍCULA: 203313844**

**ASESORA
DRA. ESPERANZA ISABEL PALMA CABRERA**

**SINODALES
DRA. MIRIAM ALFIE COHEN
DRA. ESTELA ANDREA SERRET BRAVO**

20 DE JULIO DE 2007

Índice

Índice.....	1
Agradecimientos.....	2
Introducción.....	3
Un acercamiento teórico-filosófico a la polémica división del espacio político y su significado para la interpretación de la geometría política contemporánea.....	7
La incierta identidad de las izquierdas contemporáneas.....	9
El uso conceptual del eje izquierda-derecha.....	12
El papel del número y el "centro" político	20
Procesos de democratización: la reconfiguración del sistema de partidos y el surgimiento de alternativas políticas.....	23
En búsqueda de la reconfiguración ideal.....	32
Liderazgos y representación: su impacto sobre la distribución espacial.....	34
La ubicación espacial del PAN, PRD y el PRI a raíz de las campañas electorales del 2006 en México.....	43
El escenario de evaluación electoral.....	43
La <i>pejemanía</i> y el PRD en campaña electoral.....	45
Populismo urbano.....	47
El candidato de Herodes.....	52
¿Experiencia para gobernar?: la campaña perdida del PRI.....	57
De la idea al voto.....	60
Conclusiones.....	64
Bibliografía.....	67

Agradecimientos

No me queda sentimiento para expresar mi gratitud a mi asesora Esperanza Palma cuyo genuino interés en mi trabajo siempre me llevaba a tomar el camino propicio, y que culminó en esta tesina de licenciatura. Queda aquí explícita mi profunda admiración a tu intelecto y a tu ser.

Durante mi estancia en México, encontré siempre comprensión y apoyo en cuatro mujeres dignas de admiración por su eterno esfuerzo y dedicación al trabajo académico y humano: mi asesora Esperanza Palma; Miriam Alfie, quien se integró al papel de madre sustituta y cuidadora de mi bienestar; mi nana Estela Serret, la filósofa más brillante del nuevo milenio; Marta Torres, cuyo sentido del humor y dulzura me siguen dando envidia. El aprendizaje de su cercanía ha sido ilimitado y fundamental para mi crecimiento.

A través de una puerta, en el Departamento de Sociología, separada tan sólo por un pasillo veía a diario a una de las personas más importantes de mi vida. Este trabajo no hubiera nacido sino fuera por el incondicional apoyo que siempre he recibido de mi hermana del alma, Amneris Chaparro, quien, sin queja alguna, ha servido no solamente como fiel editora de mi lenguaje quebrante, sino también como un recurso invaluable de intercambio intelectual. Sin ella, yo no hubiera avanzado por las alturas del mundo intelectual con la misma confianza que hoy.

La lista de personas que deben recibir mi más profundo agradecimiento es larga. A muchas se los he dicho personalmente, pero reitero aquí a algunas en orden alfabético: Alma Navarro, Guillermina Sánchez, Margarita Olvera, Myriam Brito, la banda Flush y todas y todos los integrantes profesores, profesoras y asistentes del Departamento de Sociología.

Introducción

El tema de la geometría política ha sido discutido comúnmente en los círculos intelectuales desde la caída del muro de Berlín. El esfuerzo común se centra en formular una propuesta descriptiva que pudiera sustituir la noción de gobiernos que basa su fórmula en la idea de "política de bloques". Con política de bloques se hacía referencia a la distinción de coaliciones o partidos, en el caso de los sistemas de partidos bipartidistas, que se juntan en la relación gobierno-oposición. Si se contempla el hecho de que cada partido sostiene una serie de propuestas que se piensan concretizar en una agenda de gobierno, se supone que los temas que ambos bloques defienden tienen ambiciones distintas. Algunos se inclinan hacia la relación del mercado y la economía, mientras otras se concentran en la esfera social. La prioridad de aquellas cuestiones, en la jerarquización de ambos bloques relata la posibilidad de formar mayorías en los parlamentos y cámaras. Mayorías que serán vitales para la real posibilidad de llevar a cabo las propuestas a las que un partido se compromete en tiempo de campañas.

Cuando observamos las elecciones y las campañas con cuidado, se hace evidente la tendencia de los partidos más pequeños de postular sus propuestas con cierta confianza, porque se sabe de antemano que sus posibilidades reales de ganar una elección son muy limitadas. Se trata, para ellos, de una práctica de captura de votos que permite su sobrevivencia, en cuanto a la permanencia de registro electoral y a la representación en el gobierno. Los partidos mayoritarios, quienes son los verdaderos competidores, suelen utilizar técnicas muy particulares cuando formulan sus propuestas y la manera en que el candidato se presenta y se vincula con la sociedad. Aquí se trata de establecer una conexión fructífera con el electorado volátil, para a corto plazo garantizarse el mayor apoyo frente a los adversarios. A su vez, a largo plazo, el candidato no puede del todo formular un proyecto imposible de llevar a cabo, porque las reglas de la democracia, permiten al electorado orientar su voto hacia otro partido en futuras elecciones si sus expectativas no han sido cumplidas.

Tomando en cuenta lo anterior, analizaré en el presente trabajo, la relación de la geometría política en una democracia de la tercera ola. Con democracias de la tercera ola quisiera reiterar que se trata de un tipo de democracias que fueron pactadas desde arriba, lo que significa que la elite política del partido hegemónico entregó su poder a la competencia política, a misericordia de la ciudadanía, ya que la estructura democrática se respalda en hechos como elecciones libres, transparencia y gobernabilidad, y a que yace un compromiso de los regentes de actuar a favor del bien de la sociedad. En este caso, pues no se trata de una lucha ganada desde abajo, sino de una entrega voluntaria, o cuasi voluntaria, como parte de una estrategia de legitimación del gobierno, así como la posibilidad de entrar, tras presiones externas, a ser parte del intercambio mundial.

Lo anterior queda claro que al llevar a cabo un análisis puntual sobre una de las contiendas electorales más competitivas de los últimos años. El caso de México, como un país cuya transición democrática ha sido larga y compleja, es meritorio de estudio, sobre todo por ser un caso de estabilidad y dureza en el sistema de partidos. Debido a cuestiones de tiempo, el periodo del estudio se restringe a un tiempo limitado que son las campañas de la reciente elección federal del 2006.

Es importante contemplar un factor de las campañas en México que lleva a subrayar que las elecciones del dos de julio del 2006 son las primeras elecciones tras la alternancia del poder en el 2000. México, desde entonces, ha sido una nación con representación plural real, con representantes cuyo deber ha sido apoyar la consolidación de la democracia. El régimen político es democrático, y los temas por los que optan los candidatos de los distintos partidos, deben entrañar las reglas del juego de la democracia de representación moderna. Esto requiere la disociación con la herencia autoritaria del sistema político, tanto de los políticos como de los ciudadanos en general. Ambos deben asumir su responsabilidad. Lo interesante de estas elecciones es justamente que son las primeras tras la alternancia. Los votantes han tenido un periodo electoral para evaluar los efectos de la democracia, y así mismo, los gobernantes han tenido un periodo para erigir su constitución democrática. No está en este trabajo hacer una evaluación aguda del éxito de la democracia, sin embargo, el análisis sí

contemplará algunas de las estrategias que han operado los partidos para lograr su legitimación en el sistema político.

En países con un sistema de partidos fuerte y consolidado, como es el caso de México, se puede construir un análisis de los partidos que en él operan. He elegido concentrarme en los tres partidos mayoritarios, el Partido Acción Nacional (PAN), el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Revolucionario Democrático (PRD). Se pretende una revisión de las campañas electorales para la presidencia que se llevaron a cabo oficialmente desde enero de 2006 hasta su culminación el día de las elecciones, el 2 de julio del mismo año. Se contemplan sobre todo dos factores de suma relevancia para la comprensión del sistema político mexicano en relación a la dimensión de izquierda-derecha que se expresan en las campañas: las propuestas, y la forma de construir la vinculación con la ciudadanía. En esta última categoría se refleja, por ejemplo, la manera en que el candidato se auto construye como personaje político frente a los adversarios. La geometría política en este trabajo se propone construir sobre bases de propuestas concretas, y los métodos de relación con el electorado, ya que ello también tiene un carácter que aporta a la imagen conjunta de un partido político. El comportamiento del candidato, pues, es parte de su propia comprensión y noción de sus propuestas, y compromiso con los valores que expone su partido. Es un asunto, digamos, de comunicación política.

A partir de la discusión teórica acerca del binomio izquierda-derecha se contemplan empíricamente los factores expuestos durante el periodo oficial de campañas, que supone establecer si en el caso de México, todavía podemos hablar de una geometría política basada en izquierda-derecha. Como se verá más adelante, algunos autores exponen un argumento que pretende defender el agotamiento del viejo sistema de político de bloques. Ahora, mi hipótesis gira alrededor de la propuesta que postula que México todavía está, en su gobierno así como en la lógica interna del sistema político, subordinado al binomio izquierda-derecha, y que, por ende, no podemos hablar de una alternativa, tampoco en cuanto el trato de temas o asuntos similares. En general, pienso que eso mismo se hace válido en otras naciones de reciente democratización, y tal vez, alguna alternativa se

presenta en naciones con democracias viejas y una cultura política más adecuada a los mecanismos de la democracia moderna. Sostengo aquí, pues, que todavía hacemos política según un esquema de izquierda-centro-derecha, que permite ubicar e identificar a los distintos representantes, ya que son constitucional y ontológicamente distintos.

Es igualmente importante señalar, que mi prioridad en este trabajo terminal, no ha sido construir un relato sobre los partidos políticos en México, o simplemente reiterar lo que ya sabemos todos sobre la historia política de la nación. Es por esa misma razón, que he elegido no agotar el ensayo con detalles históricos de los distintos partidos, sino concentrarme en su aparición y *performance* político durante el tiempo acotado de campañas. A su vez, estaré de acuerdo que para aprobar satisfactoriamente mi hipótesis de trabajo, debería extender el trabajo a facetas que no van incluidas aquí, como los partidos pequeños, que para hacer completo el análisis debería incluirse a candidatos como Jorge Campa, Patricia Mercado, y el Partido Verde de México; pero como se trata de un periodo de campaña, algunos de los partidos menores entraron en coalición con partidos más grandes, por lo que su trato sería más complicado al tener que separar lo que se presenta como conjunto en ese periodo. Además faltaría un mayor enfoque en los grupos y movimientos de apoyo, y más importante, a otras naciones de reciente democratización, que también se encuentran inmersas en los procesos de consolidación de la democracia, para así construir puntos de comparación.

Aunque por factores arriba mencionados el trabajo sigue en desarrollo, es relevante ver el tema de la geometría política en perspectiva de las naciones de reciente democratización. Sobre todo, porque revela las estrategias de operación y las formas particulares de identificación que podemos encontrar en una sociedad. Temas que también impactan en cómo puede avanzar un país hacia la prosperidad social, el crecimiento económico y la consolidación de una política democrática.

CAPÍTULO I

Un acercamiento teórico-filosófico a la polémica de la división del espacio político y su significado para la interpretación de la geometría política contemporánea

"Smash the walls. All walls"
Leyenda sobre el muro de Berlín

La geometría política se encuentra profundamente penetrada por una polémica, que tiene sus raíces en la percepción clásica del espacio político. Digamos que, desde que han existido partidos políticos y sistemas de partidos, han existido, consiguientemente, divisiones y distribuciones del poder político, que permiten la percepción de una ocupación espacial de los representantes del poder (los partidos políticos) en cuanto sus posiciones, sus logros, sus ideologías, y demás características que les han sido atribuido en el análisis socio-político contemporáneo dentro de un régimen particular, cualquiera que sea su forma.

La polémica radica, pues, no solamente en cómo está constituida la geometría política contemporánea, sino que también radica en la cuestión que discute su relevancia en la composición del universo político contemporáneo. Podemos, entonces, partir de un fundamento que explica el fenómeno de la geometría ilustrativamente como un lineamiento de los partidos políticos, ubicados en una escala de grados de pertenencia que empieza desde una extrema izquierda y termina en una extrema derecha. La distribución política jamás se podría ilustrar como círculo o cuadrado, ya que, al hablarse de grados de pertenencia ya sea a la izquierda o a la derecha, éstos quedarían de una forma u otra consumidos por la viciosidad del círculo que no tiene ni principio ni fin. Además de las complejidades de relación que devienen de la figura (un círculo) podrían obstaculizar el análisis político al contemplar más de dos tamaños o bien características particulares de dos tamaños con el fin de su ubicación específica para propósitos analíticos; sería demasiado ambiguo determinar los extremos y su verdadera relación espacial en cuanto su normatividad, organicidad y descripción. El mismo criterio se aplicaría sobre el uso del rectángulo o el cuadrado. La geometría política se demuestra, por ende, mejor sobre una línea recta o un

medio círculo, cuya forma visualmente implica un inicio y un fin, que permite, según los criterios que cada investigador establece, determinar la cercanía entre los distintos partidos y los núcleos complejos del poder que constituyen tamaños reales dentro de un universo particular así como su particular distancia entre ambos extremos geométricos. La distancia entre los dos extremos está sujeta a tiempo y espacio, y consiguientemente podemos hablar de un uso propicio para el análisis contextual, cuyo contenido ha sido moldeado por factores históricos que han creado las particularidades de cada sociedad.

El debate contemporáneo sobre la vigencia de la distribución geométrica de creencias, ideologías y acción política radica en la teoría de la modernización y la teoría sobre los nuevos movimientos sociales. Se plantea en el escenario de la sociedad industrial capitalista dominante tras la caída del muro de Berlín, que significó a su vez, la derrota del socialismo real y la pérdida de una identidad izquierdista que se había manifestado como tal en una visión monopolizada en el imaginario social de múltiples grupos sociales. Tras la caída del muro, inició una nueva perspectiva teórica, que debía plantearse un mundo que no fuera distribuido en un universo bipolar. Son varias las respuestas a este nuevo reto, que para autores como Francis Fukuyama significó el fin de la historia, y para Samuel Huntington la apertura a un universo político dominado por conflictos culturales, religiosos y étnicos, sobre líneas de fracturas de civilizaciones, etc. Para la sociología política, la caída del muro implicó una posibilidad de contribución a la ciencia social enfocada a problemas de nueva índole, sin estar centrado en el viejo eje socialismo-capitalismo. De esta forma, destacados sociólogos como Ulrich Beck, Anthony Giddens, Niklas Luhmann, Claus Offe y Zygmunt Bauman, han elaborado una nueva visión teórica sobre las sociedades modernas, “la segunda modernidad”, “la tercera vía”, que implica la pérdida de referentes fijos, el surgimiento de ambivalencias, contingencias y *a posteriori* grandes transformaciones que penetran en los distintos planos de lo social, lo económico y político, que deben ser a su vez congruentes con un escenario mundializado.

Beck como un representante particularmente interesante para la esfera de la sociología política, indica respecto al nuevo reto de configuración política que “todos los actores

sociales deben reaccionar y dar una respuesta concreta en este ámbito, donde curiosamente las respuestas no siguen ya el viejo esquema de derecha-izquierda en la política" (Beck: 1998: 15). En este sentido, la sociedad civil debe encontrar respuestas ante este fenómeno, que permitan una participación formulada a través de la denominada subpolítica; política que no se desplaza en una fórmula unidimensional en la jerarquía de arriba hacia abajo y desde el Estado nacional, sino que está compuesto por múltiples conglomerados de intereses plurales no necesariamente institucionalizados dentro del Estado-nación.

Claus Offe por su parte, plantea que los nuevos movimientos sociales vienen a sustituir los grupos de interés anteriormente absorbidos por los partidos políticos. Desde ambas visiones se incorpora la connotación de una insuficiencia en la respuesta institucional ante una nueva situación política y social, con un enemigo deslocalizado, que además no se puede agrupar alrededor de una escala geométrica de ideologías y prácticas políticas. En sus palabras, podemos hablar de una pérdida de referentes fijos que anteriormente nos ayudó a ubicarnos categóricamente en el universo político y social preestablecido por el orden sociopolítico preexistente, la división bipolar entre Occidente y Oeste; izquierda y derecha.

La cuestión radica entonces en una búsqueda de respuestas que contestan si al hablar de la geometría política, se puede comprender una definición normativa que permita explicar adecuadamente la distribución del poder político de nuestros representantes. En otras palabras, preguntarnos por la vigencia, en la sociedad contemporánea, de construir un análisis político sobre el eje izquierda-derecha.

La incierta identidad de las izquierdas contemporáneas.

Con el derrumbamiento del muro de Berlín, entró en vigor una especie de percepción generalizada sobre la muerte de la izquierda, al sostener una pérdida de identidad, que quedó plenamente asociada con la derrota socialista de Europa del Este.

La discusión contemporánea sobre el destino de la izquierda, apoya la tesis sobre el desvanecimiento de la "verdadera" izquierda. La anunciada muerte de la izquierda se remonta a la caída del muro de Berlín en 1989, que implicó a su vez el fin del socialismo real. Sobre todo, el surgimiento del socialismo en la antigua URSS, representó una posibilidad de asociación práctica con la izquierda marxista que parece haber monopolizado una encarnación identitaria en el imaginario social, tanto para internos, como para externos. La identidad de la izquierda marxista se pronuncia como la izquierda verdadera, lo cual nos lleva a un entendimiento por ellos establecido que lee "la izquierda es verdad y la derecha es mentira". Digamos que, la emancipación que la izquierda encuentra en la política de igualdad (sin que esto sea hablar de igualitarismo), se ubica en un esquema de "verdad racional", que sin duda ha sido aceptado como fórmula *a priori* para asumirse *a posteriori* una actitud revolucionaria que tuviera como consecuencia la redistribución de bienes económicos, y por ende, transformaciones sociales. Con la caída del muro de Berlín se dismanteló todo tipo de socialismo existente en Europa, y el simbolismo arraigado en la división espacial e ideológica que ésta representaba, se disolvió, poniendo en jaque al sujeto revolucionario, a la dictadura del proletariado, y a la izquierda misma, al contemplar la pérdida de su base existencial: el régimen soviético, que monopolizaba con exclusividad la identidad de la izquierda en el universo político bipolar de la guerra fría.

Queda claro que al derrumbarse el muro, el mundo tenía que encontrarse con un enemigo deslocalizado, eliminando la lógica de construcción antitética de "lo político" argumentado por Carl Schmitt como el eje de análisis existencial de la política contemporánea. Por otro lado, como indica Raymundo Mier "el muro significaba la división a un tiempo material, corporal, histórica, íntima y cosmogénica de dos visiones en pugna aparente y sus sistemas de gestión política, pero significaba también la complementariedad y articulación sistemática de ambos, la afirmación sutil de su afinidad" (Mier: 2004: 49), dejando en claro cierta interdependencia entre ambas partes. Aunque únicamente se contempla la demolición del muro material, el muro simbólico persiste, lo cual nos lleva a la conclusión de una eliminación parcial: sólo los *efectos* de lo político se eliminaron; no los enemigos simbólicos, en cuanto estos representan una ideología y visión particular perteneciente a las posibilidades existenciales e

imposiciones derivadas del ala izquierda del universo político mundial. A raíz de lo anterior, lo que debe verse afectado por la caída del socialismo real en sí es solamente la izquierda que se identificó con el bloque soviético y su revolución social.

En cuanto a la muerte de la izquierda quisiera subrayar que existe cierta interdependencia existencial entre ambos polos del universo político (percibidos estos como izquierda y derecha), que sostiene, y es sostenida, por la necesidad de ambos, al estar ambos sujetos de forma directa a una identidad de negación. Situación que atenta contra distintos tipos de regimenes políticos, sobre todo los regimenes democráticos que invocan a la condición de pluralidad política.

El modelo de gobierno asumido en praxis por los regimenes marxistas-leninistas del bloque soviético, luego transferido al tercer mundo, tenía su principal herramienta instrumental en el partido bajo control de una elite revolucionaria vanguardista. El partido regia toda vida social en torno al "bien común" (clubes, sindicatos, etc.), cuya existencia o acción pudiera alterar un orden social y sistémico previamente determinado por el socialismo como la vía hacia la felicidad (es decir, la igualdad social y económica), interfiriendo con la lucha revolucionaria. Tal como lo apunta Charles Taylor, el leninismo "fue uno de los principales orígenes del totalitarismo moderno" (Taylor: 1997: 269), al tener bajo su mando toda asociación pública no estatal constituida como transmisores del partido, aportando al monopolio de identidad izquierdista.

Quizás esta identidad, vista desde fuera, no corresponde necesariamente con su visión interna. Si bien posterior al régimen de Gorbachev, Brechnev tenía como objetivo mantener una fachada frente al imperialismo estadounidense que se percibiera como cierta realidad, las exigencias del régimen se dirigían hacia la vida pública; mientras que, por otro lado, se podría hablar de una "privatización de la esfera privada" (Taylor: 1997: 270). De tal suerte, la libertad privada se dio en cambio de un sujeto público monopolizado ideológicamente por el Partido Único.

En América Latina, Cuba sobresale como único ejemplo manifiesto de la doctrina soviética, que todavía se inclina tendencialmente hacia la herencia de lo político de la bipolaridad; modernizándose solamente en el discurso al pronunciar viva su guerra contra el neoliberalismo y el neoimperialismo encarnado simbólicamente en "*The American way of Life*".

En la era contemporánea, en América Latina, parece que la izquierda está cobrando fuerza de nuevo, ahora por una vía institucional: la electoral; lo cual indica, que la nueva izquierda ha optado por aceptar las reglas del juego de una democracia representativa, ejerciendo y actuando desde las instancias instrumentales formales. Esto ha implicado el abandono inmediato del socialismo marxista (sin que esto signifique el abandono de valores socialistas), lo que implica simbólicamente la resurrección de la izquierda muerta. El método procedimental del quehacer político de la izquierda en general, aun con ciertas características populistas, ha logrado penetrar en los nuevos tipos de regímenes, ejerciendo distintos tipos de presión desde su implementación gubernamental, apartándose de su antigua noción revolucionaria de lucha de clases, pero sin separarse de su código ético tradicional, reivindicando la transformación social, hecho que se refleja en las distintas propuestas electorales ofrecidas por los candidatos de la izquierda.

Aunque el caso latinoamericano cuenta con una visión izquierdista gubernamental, la herencia del aun pronunciado autoritarismo, tras las llamadas terceras olas de democratización, la alternancia del poder en distintas naciones, etc., implica una orientación de acción, que por la fragilidad institucional, sobre todo del Estado de derecho, amenaza la reciente conversión del sujeto revolucionario en ciudadano, al proclamar el proceso inverso, generando, en términos democráticos, un retroceso importante, que llega a fortalecer la derecha política y extrapolítica.

El uso conceptual del eje izquierda-derecha

La diferencia entre izquierda y derecha desde la filosofía, en su contenido conceptual o normativo, tiene un peso importante en la evaluación de la vigencia de la geometría política al formarse un panorama que nos permite desarrollar una lógica de pensamiento particular en el plano de lo existencial.

Desde un fundamento teórico, indica Norberto Bobbio, en todo tipo de pensamiento académico existe una tendencia a conceptualizar y categorizar el pensamiento en directrices binarias, que brindan el servicio de enmarcado de las categorías de referencia (hombre-mujer, etc.). De esta manera, el binomio izquierda-derecha en un plano existencial sigue en marcha para explicar relaciones espaciales e ideológicas. Digamos que los binomios se expresan de dos formas distintas, que son consecuentes según su contexto:

1. Antitéticos, lo cual alude a la mutua negación.
2. Armónicos, lo cual alude a unidades que en mutua convergencia hacen del universo una totalidad completa.

De estas dos categorías, el binomio izquierda-derecha pertenece a la primera categoría, la antítesis, al sostener un contenido incompatible, y por ende, se refiere a tamaños separados dentro del mismo universo.

La pareja izquierda-derecha se empieza a fundar como binomio tras la Revolución francesa de 1789, con la creciente tensión del ala revolucionaria que bajo el lema "igualdad, libertad y fraternidad" declara primordialmente la separación del universo político en dos bloques fundadores de una nueva dirección de la sociedad, proclamando cada quien su verdad contenida. Sin embargo, el binomio se eleva más allá del contexto ideológico de las verdades ontológicas. Se separa de la representación que contiene ideas, para plasmarse en una realidad que requiere praxis. Así, su representación se supera contemplando que la representación de izquierda-derecha implica una representación que incluye agendas políticas concretas, intereses y programas políticos, al igual que la "idea" sobre cómo debe desempeñarse el buen gobierno, y la dirección que debe tomar la sociedad como entidad.

Sin lugar a dudas, la modernidad ha invitado a establecer puntos, que por sus raíces éticas (derechos humanos, igualdad, etc.), naturales (prevención de catástrofes, calentamiento global, etc.), políticas (terrorismo, etc.) deben coincidir en el establecimiento de prioridades de una agenda política, la manera en que se propone llevar a cabo estas actividades concretas difieren entre izquierda y derecha; y, por ende, también las distintas inclinaciones de los partidos céntricos. (Digamos que para reducir las omisiones de gases peligrosos, la derecha probablemente propondrá una solución que involucre la inversión directa del sector privado; mientras la izquierda pudiera proponer una formulación coercitiva desde el Estado, apelando a la prohibición del uso de ciertos productos emisores, de los que se sabe poseen un alto nivel de emisión; es decir, un cambio en la legislación ambiental), dando prioridad sobre el ambiente, y no sobre el mercado.

Con lo anterior, queda claro que los conceptos viejos del universo político no han perdido totalmente su vigencia para la sociedad moderna. Si bien algunos autores y críticos sostienen la pérdida de vigencia de los antiguos conceptos de izquierda-derecha, y consiguientemente, también optan por la necesidad de reinención de nuevos conceptos pertinentes para el contexto actual, su argumentación reclama que el binomio en cuestión requiere renovación al relacionarse con actitudes frente a una nueva necesidad de reformulación al involucrarse normativamente con problemas (que son concretos y no idealizaciones).

Entonces es relevante tomar en cuenta que izquierda-derecha como tamaños modernos en el universo político se concretizan justamente en los planos de acción de los partidos políticos que los representan. La legitimidad de los representantes consiste en proponer solución a problemas que impactan sobre el bien común, así como a los establecidos por la comunidad. De esta forma, la geometría política asume relevancia desde el *modus operandi* de los partidos al responder ante los problemas actuales y las principales tendencias que dirigen su acción y alrededor de qué intereses se ubican sus prioridades, lo que descifra su ontología ideológica. Surge aquí otro entramado complejo al ubicarnos en un contexto de democracia, lo que implica pluralidad de actores, situación que ha generado tentación por

apoyar la argumentación sobre las limitaciones del binomio (Bobbio: 1995: cap I) ya que la democracia lleva implícita la posibilidad de varias partes que convergen y divergen en diferentes combinaciones. En estas distintas combinaciones nace la potencialidad de ocupar un lugar céntrico, esto tiene su expresión moderna en los partidos del centro. En palabras de Bobbio existen dos tipos de partidos de centro que se definen bajo las siguientes características:

1. El centro implícito
2. El centro explícito

Estas dos categorías se configuran alrededor de su percepción espacial de la política, en el sentido de utilización del espacio entre el binomio izquierda-derecha previamente establecido. De esta forma, no importa cómo se configura el centro, porque no altera teóricamente, ni en praxis, a las categorías de izquierda y de derecha (Bobbio: 1995: cap. I).

No obstante que el centro se halle ubicado en la línea geométrica entre izquierda y derecha, es importante reconocer la fuerza potencial de un partido céntrico en el juego por el poder. Su potencial, así como en el caso de los partidos de izquierda y de derecha, se encuentra sujeto a valores predeterminados por fuerzas sociales dominantes en el imaginario social, y al manejo consecuente de recursos al alcance del partido. Lo fundamental que debe comprenderse radica en la percepción de otredad. Existe un centro que busca espacio entre izquierda y derecha, que impide el beneficio del monopolio espacial de la antítesis binaria. Al ubicarse entre ambos posibilita ser un tercer actor que no significa ni uno ni otro. En palabras de Bobbio este constituye una categoría de "ni esto ni aquello", al evitar el enfrentamiento directo entre dos tamaños ya que el centro se compone, independientemente de ambos, con ontología propia. Por otro lado, una tipología de centro se ilustra en la conjugación de factores que permiten que izquierda y derecha se sumen en su combinación de óptima convergencia entre componentes deseados. Digamos que esto sería la categoría de centro que contempla "esto y aquello". Esta clase de centros superan izquierda y derecha como entes al reclamar la solución a la contradicción/diferencia de la misma categoría. Los centros

que superan las divergencias ontológicas de ambas categorías entran en la tipología de centros que encarnan la opción ofrecida por la tercera vía. Es probable que este tipo de centros compartan la característica de una fundación surgida tras una crisis. La creación de partidos políticos céntricos que representan una opción de “lo mejor de ambos” logra la trinidad en el universo político al fundar una síntesis de las condiciones de contradicción en la sociedad.

Bobbio señala otro problema que se relaciona con la teoría de la tercera vía. Si bien algunos autores argumentan que la vigencia de la condición de contradicción en la relación espacial ha perdido sus valores descriptivos. En este sentido, los viejos problemas sociales, económicos y políticos se consideran en gran medida remediados o resueltos, por lo que se sustituyen por nuevas problemáticas emergentes, como el medio ambiente, los derechos humanos, el terrorismo, etc. La emergencia de los llamados partidos verdes resulta de la preocupación por el medio ambiente como en México con el Partido Verde Ecologista de México (PVEM). Pero justamente porque los problemas medioambientales requieren un espacio en la política contemporánea, todos los partidos, de izquierda, centro y de derecha, necesitan tomar una actitud ante dicha problemática; y lo hacen, por supuesto, sin perder su ideología tradicional. Cuestiones como el medio ambiente, los derechos humanos, etc., encuentran partidarios tanto de izquierda como de derecha, porque constituyen problemas que operan a un nivel filosófico. Son más bien cuestiones de *ética* que, posteriormente, se traducen en acción política. Desde este particular punto de vista, el binomio izquierda-derecha no pierde vigor ya que más bien se trata de determinar una actitud fuerte o débil ante las problemáticas contemporáneas por parte de los partidos que conforman el gobierno.

En una relación antitética, nos comenta Bobbio, casi siempre hay una parte más fuerte que la otra. Podemos entender, que la posición proporcional que ocupan los partidos en un espacio tiene que ver con cómo eligen enfrentar problemas y qué valores asumen, así como con el cómo se traduce su visión a *la acción*, o bien, a la definición de su agenda.

Para determinar cuando se habla de izquierda y cuando se habla de derecha es necesario encontrar un criterio que indique el contenido de la separación (distinción). Son varios los autores en búsqueda de un criterio de común denominador. Laponce distingue, en primer lugar, dos vertientes espaciales de ubicación: la horizontal (izquierda-derecha) y la vertical (alto-bajo). La ubicación horizontal es débil, y según la revolución francesa, éste debiera haber eliminado al vertical, aunque este no fue en sí el resultado. A su vez, como indica Bobbio, la visión horizontal nació con la revolución francesa, pero no con "una visión horizontal de la política" (Bobbio: 1995: cap IV). La posición vertical y horizontal no excluye una por otra, sino que en el universo político son complementarios. Es decir, constituyen elementos complementarios en un sistema absoluto, en donde representan tanto la relación gobernantes-gobernados, como la relación entre los gobernantes y los gobernados. Son, por ende, la imagen de dos relaciones distintas que reflejan una entidad absoluta.

Otra opinión de Laponce, que me resulta discutible mas es elemental mencionar, es su idea sobre la importancia del binomio en la democracia. Suponiendo, pues, que cobre importancia al fundarse en elecciones que reducen a los concursantes a dos grupos "como consecuencia de la lógica del proceso de decisión por mayoría" (Bobbio: 1995: Cap. IV). Laponce converge aquí con autores como Duverger, que reducen el mecanismo de competitividad al bipartidismo "por naturaleza" de un buen funcionamiento del sistema de partidos, sin contemplar el hecho de que cualquier competencia política tiene lugar en esferas multidimensionales, lo que implica un nivel de análisis mucho más profundo.

Carl Schmitt, al respecto, tiene una opinión distinta al establecer una lógica teórica que pertenece al eje amigos-enemigos. En este tipo de dicotomías (amigo-enemigo; mujer-hombre; izquierda-derecha, etc.) siempre persiste una connotación valorativa, en la que una palabra es positiva, mientras la otra es negativa. El caso de la dicotomía izquierda-derecha, no se puede otorgar una connotación precisa, ya que está sujeta a una consideración contextual, que no culmina en un valor absoluto. Esto, según Laponce, lleva a distinguir entre lo religioso y lo profano, lo que en cierto sentido puede marcar una distinción que cobra

relevancia en la política, en cuanto a términos como tradición y liberación (Bobbio: 1995) que aún se identifican como los viejos fundamentos de derecha e izquierda respectivamente.

Dino Cofranceso concuerda con lo anterior al proclamar que la tradición¹ (no la religión) figura en la identificación de la derecha, mientras que la liberación de la injusticia figura en la identificación con la izquierda. Se confirma entonces la vigencia del binomio (por lo menos ontológicamente) y se propone a su vez la búsqueda de una nueva comprensión sobre todo de la derecha. Para hacerlo, se debe apelar por un criterio que ubique las características idealizadas y determinadas por los sujetos que se pronuncian, en sentido de pertenencia política, a la derecha y a la izquierda. La aportación más importante de Cofranceso radica en buscar un criterio que cataloga a la izquierda y a la derecha como tamaños relativos que se analizan como intenciones políticas y no como entes absolutos y únicos (Bobbio: 1995). Este criterio establecido por el autor resulta interesante porque abre espacio para la existencia de múltiples actores y partidos en el sistema político (a la pluralidad), sin eliminar el criterio espacial dominado por una dicotomía.

La idea de distinción que nos comparte Cofranceso alude a la interpretación que cabe dentro de parámetros particulares. Establece un análisis a raíz de un contenido perteneciente a la identificación con izquierda y derecha, que distingue a la derecha como una fuerza ligada a la tradicional; mientras la izquierda se ocupa de la liberación de las "cadenas sociales" (como diferencia de clase, raza, etc.) Si en la búsqueda de un criterio se evalúa solamente el comportamiento político, el criterio pierde vigencia; si bien, por comportamiento político se entiende "acción", lo que se traduce en la forma de relacionar medios-fines para llegar a un fin específico. Al sólo contemplar la acción no se establece una análisis descriptivo válido ya que la acción es contextual y surge de coyunturas particulares, y por ende, puede surgir una movilización similar de ambas partes. La historia nos ha enseñado cómo las fuerzas tanto de izquierda (la URSS stalinista) como de derecha (el nazismo y el fascismo) han logrado imponer un régimen dictatorial relativamente duradero producto de coyunturas nacionales que, a través de distintos mecanismos, capturaron una amplia gama de seguidores. La

¹ Tradición como inclinación al *status quo*.

cuestión, más bien, radicaría en verificar si el tipo de liderazgo político en *praxis* puede tener algún valor representativo particular para la izquierda y la derecha.

Tradición y liberación son palabras distintas pero no opuestas. Marco Revelli comenta esta diferencia en términos de definición al argumentar que "izquierda y derecha no tienen sustancia en sí, y no son ontológicas. No son cualidades originarias del universo político. Son *lugares* en el espacio político" (citado en Bobbio: 1995). Son entes topológicos cuyo contenido no está especificado en el mismo sentido que el liberalismo, el conservadurismo, etc. Izquierda y derecha no tienen un contenido dado, verdadero y absoluto; sino lo contrario, su contenido es cambiante, sujeto al tiempo y al espacio, "lo que no significa oposición, sólo que no puedes ser ambas a la vez" (Bobbio: 1995: 67), lo que, convenientemente, justifica su existencia desde la antítesis.

En suma, los criterios para ubicar espacialmente a la izquierda y a la derecha, pueden resumirse, aun en un contexto contemporáneo, a asumir un papel específico de manera distinta ante una problemática tratada por ambos entes. Esa postura, que se asume por los partidos, puede ser fuerte o débil, y radica en cuestiones de ética, no en el tipo concreto de problemas.

Algunos autores todavía sostienen que se puede hablar de una distinción en función a una relación horizontal-vertical al tratarse de elementos complementarios, que generan sistemas de competitividad en el universo político. Esta modelación teórica aporta igualmente legitimidad a la teoría de la tercera vía, que busca el resumen de ambos extremos. Al tratarse de una dicotomía, se genera una connotación valorativa al momento de elegir, que en el caso de izquierda-derecha resulta una evaluación contextual y temporal. La ventaja de trabajar con dicotomías antitéticas es la posibilidad de establecer relaciones entre otras dicotomías que se pueden ubicar en las bases de los bloques ideológicos, tales como religiosidad-laicidad, tradición-liberación, generando líneas de identificación con un partido en un espacio real.

Finalmente, quizás sería conveniente acordar, que los valores asumidos o asignados a la izquierda y derecha, no son cualidades, sino lugares con asociaciones socio-culturalmente fundadas, en donde la izquierda equivale a liberación, mientras la derecha a tradición, lo que lleva implícito una noción de tendencias hacia tipologías de acción.

El papel del número y el “centro” político

El centro queda excluido en el análisis de muchos autores al referirse a la división espacial del poder político. Aunque no es un comentario al margen, indicar la importancia del centro en un sistema de partidos políticos a su vez inserto en un sistema de competencia política democrática —es decir, la apertura a la pluralidad— posibilita la existencia de un sistema de partidos multipartidario que de manera contextual se ha instituido en cada nación.

A pesar de la gran variedad de propuestas sobre la formación de sistemas de partidos, parece encontrarse un acuerdo unánime sobre la importancia de establecer direcciones a partir de un criterio numérico (Duverger: 2000; Sartori: 2005). Es más que obvio que en sistemas políticos cerrados en los que podemos hablar de una distinción topológica entre los tipos de partidos existentes, que se ubican en una estructura totalitaria o autoritaria tal como el partido único o el partido hegemónico, no se contempla la competencia política en un marco de realidad, ello impide hablar, desde un principio, de otros partidos efectivos en el universo político. Consiguientemente, tampoco se podrá contemplar una distribución de poder, al concentrarse éste bajo el régimen vigente y con las condiciones regularmente impuestas desde arriba. El pluralismo se hace efectivo en un marco de democracia, y puede establecerse teóricamente en una variedad de formas. Para aquí distinguir las clases de sistemas de partidos dentro de dicho contexto, hablamos de bipartidismo y multipartidismo (Duverger: 2000); este último implícitamente involucra la existencia de por lo menos tres partidos.² El número de partidos importa no solamente en cuanto la legitimidad del régimen

² Para Sartori, el criterio se establece para sistemas de multipartidismo en el número cinco; y los sistemas de partidos aquí mencionados son tratados con más rigor, al ubicarse los distintos sistemas en diversas tipologías fundamentales para la competitividad del sistema mismo. La visión de Duverger y muchos de sus contemporáneos se apoyaba en la idealización del sistema bipartidista en la composición de gobiernos competitivos.

en el poder, sino que también se impone sobre el dinamismo de la interacción partidaria. Las posibilidades que surgen del multipartidismo tienen un impacto directo sobre las coaliciones y bloques que se puedan formular en un gobierno dado, lo cual se subraya en los procesos de toma de decisiones. En otras palabras, el número de partidos impone ciertas posibilidades de interacción partidaria, lo anterior se refleja en la fragmentación del poder y en las corrientes políticas que intervienen en el universo político (Sartori: 2005). Sobre todo es el centro quien se ve beneficiado del multipartidismo al ser un producto realizado del mismo. El centro se entabla en la lógica de interacción de un binomio reconocido, y debe realizar trabajo doble en dos frentes: por un lado, definir su vinculación con el espacio; y por otro, sus posibilidades de influir sobre el proceso político. El problema consiste en la praxis y en la determinación sobre qué partidos importan para establecer el criterio de fuerzas políticas que intervienen en la toma de decisiones. El alcance de un partido se centra no solamente en los resultados electorales que, traducidos a un pensamiento lineal, representan una lógica numérica (mayor número de escaños = mayor fuerza). Esta lógica puede hacerse efectiva en un contexto de bipartidismo; sin embargo, en un sistema multipartidario, "la importancia de un partido está no solamente en función de la distribución del poder (...) sino también en función de la posición que ocupa en la dimensión izquierda-derecha" (Sartori: 2005: 161), lo que presenta la existencia oportuna de una potencialidad de crear mayorías. Así, los pequeños partidos adquieren una función vital para el funcionamiento del sistema.

Maurice Duverger observa cierta dualidad de los partidos que obstaculiza el análisis, en un principio, y su distinción de las diversas entidades. Digamos que alrededor de los grandes partidos se encuentran pequeños grupos, lo cual complejiza la distinción teórica en cuanto pertenencia de estos últimos, sumándolos a los partidos grandes como facciones, o bien contemplándolos como unidades individuales y autónomas. La respuesta del francés viene siendo muy simple: cuando los pequeños partidos llegan a ocupar una posición importante, es tan sólo efímero, y a nivel local, frente a los partidos grandes, así denominando a los partidos tradicionales (Duverger: 2000: 235). Entonces hablar de pequeños partidos y grupos, no nos permite formular un criterio para establecer conclusión alguna sobre ubicación espacial ya que los partidos tradicionales no serán alterados por su existencia, ni dependerán

de ellos. Los partidos grandes permanecen en su ubicación cada uno, y prácticamente siempre coincide, a cada lado del centro del universo político. Esto no es una hipótesis válida para distinguir entre izquierda y derecha, aunque coincide con contextos históricos amplios que el escenario político en cuanto el peso en la toma de decisiones ha sido dominado por dos partidos, adversarios por definición, lo que reduce cualquier sistema multipartidista, a un sistema bipartidista. Un ejemplo de ello es el caso inglés, que a mitad del siglo pasado estaba sujeto al tripartidismo (liberales, laboristas y conservadores). El laborismo entra en vigor en 1906 y empieza a "constituirse un nuevo dualismo", culminando en la fusión entre conservadores y liberales, redundando de nuevo y con éxito un sistema bipartidista (Duverger: 2000: 236). Este mismo ejemplo sirve para comprobar, que la distinción entre izquierda y derecha como formaciones tradicionales, previamente ubicadas en cada extremo, no es válido *sine qua non*, al darse el paso a la fusión entre dos unidades que por definición se suponen incompatibles: el liberalismo como abstracción de los ideales de la ilustración, por un lado, y los conservadores, guardianes de la tradición y las formas de acción tradicional, por el otro.

Sartori, por su parte, diverge del ejemplo de Duverger al observar dos normas que dictan la importancia de pequeños partidos. Primero, un partido se debe tomar en cuenta cuanto en algún momento influye sobre la mayoría en una coalición. Segundo, un partido debe contemplarse cuando afecta la competencia entre partidos, en el sentido de chantaje. Probablemente, entre más igualdad exista en la captura de votos entre los partidos mayoritarios, más posibilidad tendrá un pequeño grupo de desempeñar un rol inmerso en el núcleo de control del poder desde dentro del gobierno. De esta afirmación podemos concluir que el único criterio que pudiese relacionarse con ello, sería un criterio ideológico, como un componente fundamental para la competencia interpartidaria. Digámoslo así, para construir una coalición viable la ideología entre partidos en alianza debe coincidir, por lo menos en lo que respecta a su propuesta central. Debe haber coherencia discursiva para hacer de la competencia algo efectivo.

Procesos de democratización: la reconfiguración del sistema de partidos y el surgimiento de alternativas políticas

La teoría formulada y defendida por Anthony Giddens surge como potencial respuesta a la llamada crisis ideológica y de representación, que sostiene la pérdida de cohesión de las ideologías frente a los procesos contemporáneos. Sin postular una respuesta radical, Giddens intenta ser consecuente con la necesidad de reconstruir una credibilidad en las fuerzas políticas, sin perder de vista las problemáticas de las ideologías antiguas. De esta forma, sostiene, que los valores sociales herencia del socialismo no se pueden desechar, por su obvia relación con la noción de "la buena vida". Se trata, entonces, de establecer un programa de acción que contiene normas y valores que apoyan la esfera valorativa (Giddens: 2000), pero que no implica sometimiento a la propuesta económica socialista clásica.

Las críticas a la geometría política antigua tienen relevancia en sentidos amplios desde la perspectiva de la tercera vía. Por un lado, la crítica más severa a los conceptos clásicos se encuentra en un ramo conocido: la correspondencia real entre teoría y praxis. Digámoslo así, no puede haber una vida política fructífera sin idealizaciones y construcciones imaginarias; pero, si la relación ideales-acción no concuerda, la vida política se convierte en un vacío. Como fuerzas políticas, tanto el socialismo como el conservadurismo (regularmente representantes de izquierda y derecha respectivamente), son hijos de la revolución francesa, y tienen sus diferencias con base en su percepción de la relación gobernantes-gobernados. Ambos, conforme el criterio del tiempo, se adecuan al contexto y a las problemáticas pertinentes para su mantenimiento, recurriendo a las estrategias más convenientes para su autolegitimación.

De esta forma, el socialismo lentamente giró a un lugar más céntrico, convirtiéndose en una nueva religión política complementaria a ofertas anteriores, ofreciendo la posibilidad de una tercera fuerza electoral: la socialdemocracia. Lo mejor de izquierda y derecha: una síntesis de izquierda y de derecha. Nace del deseo de llevar a su realización los distintos proyectos entablados en valoraciones de izquierda, pero en la lógica del funcionamiento capitalista. El

punto entre izquierda y derecha se instauró en el Estado benefactor, con particular énfasis en los mecanismos de fiscalización y jurisprudencia, garantizándose una mayor distribución de la riqueza económica y sociocultural, sin corromper con la industria, la propiedad privada, etc.

Giddens en *La tercera vía* distingue entre la vieja socialdemocracia y la nueva socialdemocracia. En breve, se plantea la vieja socialdemocracia con un centro en diversos factores socialmente reconocibles, cuya estructura hoy no se puede percibir con claridad. Se trata, pues, en palabras de Giddens, de una socialdemocracia que se planteaba desde los supuestos estructurales del pleno empleo, así una estructura de la familia con el padre proveedor y la madre ama de casa, un mercado laboral predecible, en el que la mano de obra estaba disponible para prestar sus servicios como obreros ante la amenaza de desempleo, una economía basada en la producción en masa, creando empleos mal pagados así como condiciones de trabajo inhumanas para el obrero, un Estado elitista conformado por expertos que desde la burocracia controlaban las finanzas, y, finalmente, una economía nacional consentida por el modelo keynesiano. Mientras que el programa de la nueva socialdemocracia busca la identificación con el centro radical, el Estado sin enemigos, lo que alude a razones de legitimidad distintas a las de la era bipolar, una sociedad civil activa, una economía mixta, bienestar positivo, igualdad como inclusión, etc. (Giddens: 1999: 76) Esta distinción importa en nuestro análisis, aunque el estado benefactor, por diferentes motivos, no ha ganado más que terreno imaginario y realidades sustituidas en América Latina. La diferencia entre los tipos de socialdemocracia se da a raíz de la crisis del modelo económico occidental y el estado benefactor dependiente de ello. Es, por ende, relevante hablar de esta distinción, en cuanto a que el modelo de posguerra occidental resulta una iniciativa política, económica y social que se elige implementar como parte de una cultura de acción política. Es adoptar una ideología, que se ve afectada en su realización tras la llamada crisis del estado de bienestar. Como opción, debemos entonces mantener presente la idea del cambio en los partidos socialdemócratas occidentales, para adecuarse a las nuevas fuerzas sociales y a los regímenes, en su gran mayoría conservadores que volvieron a surgir en la década de los ochenta.

La crisis del Estado benefactor en Occidente marca una nueva época en la política, que reconfigura al centro político, ya sea de centro-izquierda o centro-derecha en las naciones democráticas, dos tendencias ilustran el escenario, aunque con directrices distintas en cada país: la socialdemocracia y el neoliberalismo. Ambas son tendencias plurales, y reflejan la necesidad de contemplar la sociedad pos-industrial. De esta forma, ha surgido una "nueva derecha" insertada en una lógica de populismo; una corriente conservadora que se ha renovado al dar lugar a cierta apertura hacia temas anteriormente consideradas tabúes, como la libertad sexual; es decir, podemos hablar de una secularización del discurso de la derecha. Sin despreciar esta apertura a la "liberalización", la derecha a su vez se encuentra inmersa en una ideología económica muy distinta a la de la izquierda: la neoliberal. Con ello se entiende básicamente una postura en contra de la intervención estatal en la economía y en pro de libre comercio. Acordando la persistencia con los lazos románticos, este nuevo discurso toma en cuenta que el Estado, aunque se le concede la importancia de los realistas, constituye una amenaza en contra de la libertad individual y propicia una cultura de maximización de beneficios individuales por la igualdad de oportunidades. La relación estatal resulta necesaria para construir los valores sobre la normatividad tradicional de la que surgen nociones como el patriotismo y la importancia que se le otorga a instituciones humanas, como la familia. Como el dinamismo de la sociedad ideal neoliberal no contempla o no da prioridad a una redistribución de la riqueza, el papel del Estado queda plasmado en la función de administrador de recursos y recaudador fiscal, al igual a cargo de la estabilidad del orden social por medio de sus poderes fácticos, cuando no los puede resolver el mercado.

Queda claro, tal como comenta Giddens, que el estado benefactor aportó al cambio político, en el sentido de reconfiguración de valores sociales. De esta forma, la estrategia política se ha visto con la necesidad de reformularse a través de nuevos ejes conceptuales y contemplar la estructura de votantes. Conforme se encuentran satisfactores a problemáticas clásicas como el "crecimiento económico" o el "desarrollo", surgen necesidades que ahora se centran en valoraciones respecto la autorrealización (Giddens: 1999). De esta forma, el cambio en la estructura misma de los votantes a quienes se hacen ofertas electorales no se explica a

través del binomio izquierda-derecha, sino que, en el contexto contemporáneo, ambos han tenido que encontrar canales de difusión y atracción que se adecuen a las demandas civiles generales, que ahora penetran más allá de la simple movilización política de masas o clases.

La pérdida de identidad de clase ha significado, sobre todo, la pérdida de un referente fuerte de la izquierda. Sin embargo, ha implicado el resurgimiento de una nueva izquierda, ya lo comentamos, que se encuentra en la socialdemocracia. La política de tercera vía, se encuentra en un ajuste político en el sentido de favorecer muchos valores anteriormente de izquierda, como el colectivismo y la igualdad social. Se busca la salud social a través del modelo de Estado benefactor, no obstante se permite la visión menos rigurosa respecto el libre mercado, aunque todavía con mayores tendencias de proteccionismo que las corrientes neoliberales de derecha. Esta apertura a la liberación económica es la herencia que causó, en opinión de varios autores, la declinación del Estado benefactor, al no prever (o hacer caso omiso) a los signos del dinamismo capitalista (de expansión) (Offe: 1990; Giddens: 1999); y a su vez, favorecer la herencia de valores colectivistas, que promueven la igualdad y la solidaridad a través del Estado benefactor.

Estos partidos que han encarnado el concepto del Estado benefactor (la socialdemocracia), bien se denomina la nueva izquierda o la izquierda moderna. Sin importar el nombre bajo el cual opere, se ha convertido en un ideal deseable para construir bases de desarrollo nacional (social, económico, político), profundizando el aspecto de salud social. No es sorprendente, que este ideal sea asociado con niveles bajos en los índices de criminalidad, trabajo, ingreso, seguridad entre otros valores positivos; y por lo mismo, en naciones de reciente democratización, se ha intentado implementar institucionalmente en el sistema de partidos, para combatir los números surgidos en los índices nacionales, establecidos por las instancias internacionales que han, en conjunto con las elites políticas nacionales, fomentado la transición. La transición democrática juega un papel central en la reconfiguración del sistema de partidos alrededor de ejes nuevos para entrar a otra dinámica de competitividad interpartidaria real.

Las democracias construidas tras la tercera ola de democratización, y el proceso de transición a la democracia, han ocurrido de manera relativamente pacífica, y su rasgo homogéneo consiste en un proceso de democratización que se empujó desde adentro, es decir, a nivel local (Huntington: 1994, Di Palma: 1992), lo cual significa que la democratización fue una decisión calculada por parte del régimen autoritario, ya sea tras una evaluación del ambiente sociopolítico que se decida por redistribuir el poder para mantener cierta legitimidad de la élite, o por cualquier otra situación, como la presión de un movimiento social, etc., implicando el optar por la alternativa democrática.

En el caso mexicano, el reclamo de democratización surgió tras la crisis financiera. Desde adentro era más que obvio que la forma de manejar los asuntos públicos, incluyendo los gastos públicos, y el sistema político autoritario, ya no podían sostener un fructífero desarrollo económico. Se necesitarían mecanismos renovadores con estructuras que pudieran absorber las demandas públicas y minar el descontento social surgido tras la crisis. La democracia era la alternativa que permitiera la flexibilidad necesaria; sin embargo, la instauración de un régimen democrático llevaría hacia un sacrificio que derrotaría las estructuras existentes de poder: la competencia electoral. La evidencia de la transición empujada desde arriba se encuentra en las reformas electorales propuestas desde el mismo gobierno, empezando por las elecciones locales, luego las elecciones a la cámara de diputados, para culminar en la libre competencia por el poder ejecutivo.

El sistema democrático requiere de fundamentos organizacionales particulares, constituyentes para esta alternativa, independientemente del contexto particular de la nación en cuestión. Sin estos fundamentos internalizados, no se posibilita una democracia efectiva que garantice un nivel de gobernabilidad aceptable/viable así como la legitimidad del mismo régimen.

Estas transformaciones se ven reflejadas sobre todo en los partidos políticos, como actores principales en el juego por el poder y la representación de intereses comunes. No existe hoy una forma institucionalizada de representación democrática de la ciudadanía, que no sean

los partidos políticos. Estos son llamados a cumplir funciones que ninguna otra instancia dentro del sistema puede realizar, al constituir una mediación entre ciudadanía y autoridad política, llamados a negociar con ambos. El EZLN en México es un ejemplo de proyecto alternativo de expresión colectiva, pero que no tiene la estructura institucional de un partido de gobierno que llega a competir por el poder efectivo, y por tanto, no representa ciudadanos, sino que sólo recluta seguidores. Aunque este tipo de actividad política colectiva es importante, no viene a sustituir el papel de los partidos, solo apela a una fuerza social, que debe contemplarse en la agenda política para evitar conflictos.

La pluralidad y la competencia partidaria son resultado necesario de cualquier tipo de democracia. El caso de los países latinoamericanos es particularmente interesante en cuanto el nuevo papel de los partidos políticos en condiciones de competencia electoral y social. No sólo están ante un escenario de cambio, sino también ante un proceso de producción de nuevos vínculos con la ciudadanía y otras instancias autónomas surgidas tras la apertura y la modificación del espacio socio-cultural, lo cual implica la reformulación de su identidad.

Este proceso de constitución de identidad, ya no se puede vincular singularmente con un viejo proyecto nación, sino que ocurre forzosamente un replanteamiento de roles y proyectos dirigidos a nuevos sujetos políticos con un alto grado de heterogeneidad, sin que se pierdan de vista los rasgos esenciales de la ideología fundadora de cada partido. Algunos autores argumentan que los elementos de representación, como los partidos políticos, están pasando por una doble transición a la democracia (Lanzaro: 2006; Garretón: 2005), al constituirse ahora en la transición a la democracia (en menor y mayor grado y algunos con serios déficit), a la vez que los países se insertan a una nueva dinámica económica, el neoliberalismo, que rompe con la lógica de las viejas bases sociales. Es decir, ambos fenómenos de transición se mezclan con distintas secuencias y resultados en cada país, esto a la vez que el sistema político se transforma modificando al régimen tras la reforma, sobre todo la de tipo electoral. Los partidos se adaptan a las condiciones, pero el proceso de identificación, implica la acepción de plantearse a sí mismo en calidad de posible oposición. La consecuencia tiene que ver con modificaciones en las estructuras de apoyo, es decir, la necesidad de apelación

a un nuevo sujeto simbólico, que ideológicamente se adapta a la nueva propuesta partidaria que deba sujetar lo suficientemente fuerte para institucionalizar posibles conflictos sociales como parte de un proyecto de gobierno, o bien de partido, al momento de elegir a los nuevos representantes de gobierno en los procesos electorales.

La misma naturaleza del cambio ha dado lugar a un rompimiento con la vieja unidad entre Estado y sociedad, dando paso a nuevas formas de expresión colectiva. La política desde la Independencia ha sido la fuerza principal que otorga privilegios e identidad a los actores, expresando la centralidad del Estado en la vida social al directamente otorgar sentido a la vida misma a través de proyectos de desarrollo. Con las transformaciones estructurales dicha centralidad llega a perder vigencia, lo cual se refleja en un llamado de los ciudadanos reclamando una "política de sentido" (Garretón: 2005) recobrando una relación de unificación en la articulación entre los actores sociales y el Estado, ante los riesgos que amenazan con destruir los últimos rasgos de reconocimiento, como la comunidad nacional.

Esta coyuntura presenta desafíos críticos para los partidos y sistemas de partidos del continente. En primer lugar, porque en algunos países los partidos políticos se encuentran en proceso de consolidación y/o el sistema de partidos tiene un bajo grado de institucionalidad y solidez; o bien, alguna combinación. La fase turbulenta llevó en algunos casos, como en Perú y Venezuela, a la des-institucionalización de los partidos, situación que puede dar pie al progreso y a la creación de nuevos partidos, o generar una crisis aguda de representación (Lanzaro: 2006:7). En segundo lugar, la fragilidad del sistema político democrático dentro del panorama de una crisis general de la política, ha deslegitimizado el papel de los partidos como garantes únicos de la democracia representativa, afectando seriamente el rol de liderazgo integrador que les perteneció. El grado de institucionalidad del sistema de partidos suele considerarse importante para la calidad de democracia que se presenta en la época de post-transición.

Ante esta situación, los partidos, que se ven en competencia simbólica con grupos de interés específicos deben optar por una posibilidad de negociar, desarrollar nuevos mecanismos que

permitan restablecer el viejo vínculo entre Estado y sociedad dentro de un contexto contemporáneo.

El reto consiste en reivindicar un posicionamiento dentro del sistema, que permita elaborar contextualmente partidos de convocación e identificación, apelación a proyectos de cambio o mantenimiento. Sobre todo si se considera, que los partidos siguen representando, en palabras de Garretón, a la clase política y sus intereses particulares válidos, pero que necesariamente han sido identificados como intereses sociales comunes.

Desde esta perspectiva, los ejes geométricos en la política se vuelven herramientas, con las cuales se construyen sistemas de creencias sometidos a una lógica interna de funcionamiento (una forma democrática) que dicta el consenso sobre las reglas del juego. Independientemente de haber aceptado un *set* de reglas como punto de partida, cada sistema de partidos es particular y cuenta con sus propiedades individuales, que fundan las estructuras de acción desde su lógica.

En el caso de México conviene analizar brevemente las características del sistema de partidos, al estar sometido tras la democratización a lo que Sartori denomina un sistema de pluralismo moderado. La ventaja del análisis de Sartori radica en el establecimiento de criterios específicos, con los que se puede contrastar la realidad, por lo que podemos verificar cuáles deben ser los términos que determinan los rasgos del sistema mexicano. De esta forma tenemos que, para contar el número de partidos que se hacen contar, y la distancia ideológica entre fuerzas, el sistema plural moderado cuenta con los siguientes rasgos, que se ubican entre el bipartidismo y la pluralidad polarizada:

1. El gobierno siempre está compuesto por coaliciones debido a que los partidos de mayor peso siempre se desarrollan mínimamente en triadas, por lo que ningún partido en sí obtiene la mayoría absoluta. El caso es muy claro en México con la composición del gobierno de Felipe Calderón en las instancias de toma de decisiones. Ni en la cámara de diputados y ni en la cámara de senadores, el PAN cuenta con la mayoría

absoluta, lo que significa dificultades en los procesos de establecimiento de consensos en torno a la agenda política. Lo interesante de anotar en esta relación partidaria, es su inclinación al sistema bipartidista, lo que significa el establecimiento de coaliciones bipolares, que buscan el centro, produciendo un efecto centrípeto (Sartori: 2005: 224).

2. En el caso del pluralismo moderado, el sistema no presenta partidos de tipo antisistema de importancia. La misma tendencia centrípeta implica cierta cooperación entre gobierno y partidos de oposición. La interacción en México se conecta en una lógica meramente de triada entre el PAN, PRI y PRD, aunque respaldado por cierta dinámica heredada del autoritarismo del partido hegemónico, todos aceptan las reglas del juego democrático.
3. No hay oposición bilateral, sino una oposición unilateral, justamente porque toda oposición se orienta hacia el gobierno. Esto, según Sartori produce un efecto interesante que él formula como una oposición que se coloca claramente de izquierda o de derecha del gobierno (Sartori: 2005); sobre todo, al tratarse de coaliciones que se formulan en bipolaridad a partir de las cuales se organiza la interacción política electoral, y por ende, posteriormente, del gobierno. En este tipo de sistemas, la distancia ideológica es generalmente corta por el tipo de coaliciones a las que el sistema de partidos se encuentra sujeto.

Algunos rasgos que pudiesen ser agregados al sistema de partidos mexicano, radican en los recientes procesos de transición democrática. La herencia del partido hegemónico en la cultura partidaria está muy presente aún, por lo que el sistema –aunque el mexicano es un sistema bastante bien consolidado–, impacta sobre la transacción gubernamental y partidaria. Cada partido tiene una estructura que se inserta en los mecanismos de competitividad en un sistema particular. Lo que todos los partidos mexicanos parecen incorporar en su naturaleza es una noción de construcción de maquinaria electoral en función de una fascinación extraordinaria por llegar a ejercer influencia desde el pragmatismo. Una distinción hecha por Hannah Arendt, entre totalitarismo y autoritarismo, radica justo en el caso de la ideología, que en este último tipo de régimen no parece ocupar un papel central. Ningún partido

mexicano parece tener bien delimitado un criterio ideológico (principios) según el cual dirija sus propuestas. El discurso, mejor dicho, se construye sobre bases empíricas fundadas en la legitimidad otorgada por el pragmatismo, lo que implica relatividad y dinamismo, a veces sin rumbo.

En búsqueda de la reconfiguración ideal

Al analizar los sistemas de partidos contemporáneos en cada nación latinoamericana, Lanzaro, propone que se pueden detectar dos tendencias centrales, sobre las cuales se empiezan a fundar los partidos dinámicos, en este caso, la izquierda, que empieza a reconstituirse tras su profunda crisis de identidad en la mayoría de naciones (menos en Cuba). Las clases que sugiere este autor para definir el nuevo tipo de izquierdas que parecen surgir se ubican en dos categorías:

1. Los partidos de izquierda y centro-izquierda, que se constituyen por orígenes socialistas, comunistas, reformistas y revolucionarios, que sufrieron cambios profundos, por lo que hoy constituyen fuerzas diversas de tipo centripeta, que se desplazan en la fórmula socialdemócrata. El caso de Chile es excepcional para ilustrar el ejemplo, ya que incluso culmina en el proyecto socialdemócrata chileno con el gobierno céntrico de Michelle Bachelet, de origen socialista.
2. En esta clase se encuentran los partidos políticos o movimientos políticos, que se ubican en la fórmula populista clásica, el neo-populismo³ o bien una combinación de ambos. Estos tipos pertenecen a las corrientes progresistas, nacional-populistas que se inclinan tendencialmente hacia la izquierda o centro-izquierda. En este caso, el PRD mexicano con Andrés Manuel López Obrador al frente constituye una fuerza tal, al igual que Evo Morales en Bolivia y Hugo Chávez en Venezuela.

Desde esta perspectiva resulta sumamente interesante revistar una hipótesis clásica, que abarca el terreno fronterizo entre izquierda y populismo. Sobre todo, cómo se inscriben estas

³ El neo-populismo es un término moderno que se emplea conceptualmente para indicar una imposición alternativa a la propuesta neoliberal, perteneciente en gran medida a la derecha moderna.

corrientes partidarias en las secuencias de consolidación democrática, internalizando las reglas del juego que constituyen el fundamento básico del sistema político. Esto obviamente se relaciona con las posibilidades reales de competencia inter e intrapartidaria, que impactan sobre su productividad.

Si bien un sistema postransicional surge de estructuras de oportunidad, debe contemplarse una competencia que se centra en una acción gubernamental racional sujeta a dichas estructuras. Es decir, los ejes que componen los gobiernos están insertados en una lógica particular que encarna la historicidad de la nación y los dinamismos exógenos, como los procesos globales, etc. La apertura a una nueva dinámica resulta oportuna para los partidos al permitirse una reformulación en competencia real, que, a su vez, permite la reacomodación (o acomodación por primera vez) alrededor de nuevas formulaciones de problemáticas que se inscriben en cada categoría tendencial (nacional-popular, neoliberal, etc.) alrededor de estructuras gubernamentales nuevas a nivel micro y macro.

En este nuevo orden, donde parece permearse el escenario por la modernización sistémica profunda, las tendencias partidarias surgen como respuestas a los *inputs* y *outputs* del viejo régimen autoritario, ya sean demandas civiles concretas o bien que se funden sobre los mitos de la democracia, o sean históricas a nivel nacional. El nivel de racionalidad se relaciona estrictamente con las intenciones políticas en competencia, lo que significa utilizar las estructuras de crisis para obtener votos. Las maneras son varias y difieren entre sí al depender de no solamente de una constitución democrática y reglas del juego, sino también de la estructura interna del partido y la decisión sobre las bases de votantes a las que apelan. Los discursos electorales, que se revisan posteriormente, demuestran las principales intenciones de cada partido, y se centran en figuras protagonistas, que revelan la categoría en la que un partido está inscrito o hacia cuál se inclina. En este caso, el PRD configuró su política alrededor de su popular personaje, López Obrador, con un discurso "movimientista" popular centrado en construcciones discursivas pragmáticas, apelando a la edificación de una democracia verdadera y una nación de la gente.

Liderazgos y representación: su impacto sobre la distribución espacial

El partido a menudo resulta ser la palanca o plataforma para el ejercicio y el alcance del poder. La apertura al poder se da a través de los partidos, que en sí funcionan como agrupaciones definidas en competencia por los puestos disponibles. Sartori define (una definición mínima) a los partidos políticos como "cualquier grupo político que puede colocar, mediante elecciones, a sus candidatos en cargos públicos" (Sartori: 2005: 383). De esta forma, los partidos entrañan en una especie de mercado, revisitando a la teoría de Downs, se puede colocar, por bien o por mal, en una teoría económica de la democracia, que significa un centro en la competencia, más que en el quehacer político. Sin embargo, esta percepción puede ser útil para la comprensión de ubicaciones espaciales en las relaciones dicotómicas horizontales, porque permite relatar interconexiones multidimensionales que tienen lugar en los estudios del comportamiento electoral durante los procesos de votación. Es, sin lugar a duda, igualmente en esta circunstancia que los datos empíricos obtenidos, pueden generar un análisis de interpretación de la competencia espacial entre los partidos competidores.

Sartori, partiendo del análisis downsiano, centra su documentación en tres conceptos. Primero analiza las cuestiones, luego la asociación con la identificación, y por último, la imagen. En cuanto a las cuestiones, el propósito de su formulación se ubica en su relación con las orientaciones políticas y la forma en que los votantes perciben y demuestran conciencia en torno a las cuestiones expuestas en una campaña. Es decir, trazar el comportamiento del electorado para verificar cómo establecen la relación cuestión-partido y cuestión-política de partido. A este respecto Sartori señala tres elementos que deben asumirse *a priori*: si se concluye que las cuestiones "tienen pertinencia para un modelo espacial, tenemos, que es cierto que 1) hay percepción sobre cuestiones 2) voto sobre cuestiones 3) y *posiciones* en torno a cuestiones" (Sartori: 2005: 384).

El problema que el investigador enfrenta para el análisis del comportamiento electoral radica en la complejidad de distinción que implica el estudio de direcciones del voto, al estar sujeto a un fraccionamiento analítico que dicta tipos de voto tales como el voto normal, el voto útil, y

el voto volátil. Como señala Sartori, suele hacerse una evaluación que evade la cuestión directa del voto, y más bien se centra en la identificación; es decir, realizar una investigación que clarifica la identificación del votante con algún candidato, partido o símbolo de partido (Sartori: 2005: 385). Queda claro, que el electorado puede estar identificado con cuestiones, sin embargo, también se obtiene un resultado inverso al tratar igualmente votantes que generan una estrategia, en la que deben utilizar el voto para la eliminación de un candidato o una propuesta indeseados, o bien un voto resultado de presión sociocultural. De esta forma, podemos descartar que la identificación con cuestiones, no debe ser igualada *a priori* a cualquier forma de identificación partidaria. Para ello, es necesario buscar la parte del electorado que afirme su convicción a través de la constancia. La complejidad al incurrir en determinaciones sobre el tipo de personalidad de los votantes por las distintas variedades de combinación que resulta tener el comportamiento electoral y los antecedentes de los votantes. Veremos esto más a fondo en el capítulo posterior.

Ante dicha complejidad, Sartori sugiere, y pienso que tiene razón, que la forma más adecuada para percibir la votación en torno a cuestiones y la identificación partidista es "presentar a ambos como extremos opuestos en un *continuum*" (Sartori: 2005: 386). Así tenemos que la elección de ser del votante (pertenecer a un tipo particular de votante) puede ser causal de la imagen del partido. La imagen suele ser una estrategia del partido, que en los tiempos contemporáneos recibe mayores inversiones en cuanto tiempo y financiamiento, con el fin de construir una imagen dada, que atrae una determinada base de votantes. De esta manera, la imagen de un partido puede resumirse a un lema o frase representativa del partido que apela a las políticas de prioridad (real o ficticia) por un partido dado. Es una forma estratégica de etiquetar de antemano a través de una imagen, el contenido de un partido o candidato. De la misma forma se reclutan etiquetas como por ejemplo "liberal", "conservador" "progresista", "reaccionario", "izquierda", "derecha", que constituyen imágenes tipificadas, con las que los partidos manufacturan sus direcciones y proyectos (Sartori: 2005: 389).

Naturalmente, esta postura ha recibido fuertes críticas de parte de varios intelectuales. Resulta interesante contrarrestar y subrayar algunas de estas críticas sobre el modelo espacial de la política centrado en los tres conceptos anteriormente nombrados (cuestiones, identificación, imagen). Susan Stokes, cuestiona el modelo downsiano, sobre todo por su comprensión de la dimensión ideológica en la que señala que “el conflicto político se puede centrar en una sola esfera estable de cuestiones (...)”.⁴ Si entendemos la penetración de la ideología en las cuestiones, podemos concluir que en caso de una correspondencia positiva entre cuestiones y preferencias, emerge una ideología firme.

A su vez, los políticos que ofrecen las cuestiones, suponen encontrarse inmersos en una lógica que hace referencia a la relación ética-práctica, al percibir al electorado como posible “clientela” de su política, por lo que, entre otras cosas, desarrollan una estrategia para captar votos. En palabras de Key, dicha estrategia será el reflejo de la percepción que tienen los políticos de los votantes. Es importante mencionarlo, ya que significa que si la percepción generalizada es “los votantes son indudablemente susceptibles a lo que carece de sentido, les van a dar (los políticos) cosas carentes de sentido” (Sartori: 2005: 389); de la misma forma, uno puede imaginarse que la política está sujeta a instituirse como herramienta de manipulación en cuanto la imagen de la misma. Digamos que esto permite la modificación consciente de la imagen de un partido hacia la izquierda o la derecha, lo que permite la ocupación de un espacio nuevo en el imaginario, que bien puede generar beneficios o desventajas en la competencia por los votos. Queda reflejado el dinamismo del espacio político, ya que la imagen sirve como herramienta para la reubicación o confirmación de lugares específicos en un escenario particular. La evaluación de costo-beneficio de la manipulación y modificación de la imagen tiene una estricta relación con el valor transferido circunstancialmente a categorías como izquierda-derecha y su contenido que debe estar especificado para lograr penetrar en la sensibilidad ideológica de los votantes.

Aunque fácilmente se puede determinar que los factores anteriores se encuentran inmersos en un sistema complejo, con fuerte relación de dependencia con el cómo se ha constituido la

⁴ Citado en Sartori, p. 389

representación, y el estado de desarrollo de la instauración de mecanismos democráticos de vigilancia. En el caso de México, sería pertinente mencionar la constitucionalidad referida a la no re-elección, y a cuestiones respecto a los tipos de representación que se llevan a cabo (por mandato o por rendición de cuentas), ya que son categorías que de determinada manera influyen sobre el comportamiento de los políticos y las expectativas de los votantes.

El problema de la representación radica en la inestabilidad que rige el gobierno en el tercer mundo, por lo que a veces es necesario ajustar la agenda a los periodos de crisis, u otros imprevistos de diferente origen. Si la representación es por mandato, significaría cumplir con las propuestas de campaña pase lo que pase, asumiendo el cumplimiento del deseo de los votantes para la generación del "buen gobierno". Sin embargo, al hablar de representación por mandato, debemos asegurarnos de que a su vez se cumplen otros requisitos. Según Przeworski, en primer lugar, que las campañas sean informativas, lo que se obstaculiza cuando la información se simplifica. Durante las campañas del 2006, las propuestas no llegaron a concretizarse, ni tampoco se dio información con un alto nivel de especificidad. López Obrador, por ejemplo, presentaba en su plataforma una propuesta para combatir la corrupción, sin especificar, pues, que controlaría iba a crear, cómo se iba a implementar, si se haría reformas, cuánto iba a costar, etc. Es una propuesta de información vacía aunque atractiva porque se busca eliminar las estructuras antiguas, pero inconclusa al no especificarse.

Contemplando el ejemplo anterior, igualmente habrá que preguntarse si la plataforma ganadora conviene a los electores, si es realista. A su vez, el caso de México debe revisar el estatuto sobre la no re-elección, que propicia una actuación favorable a la obtención de intereses propios por parte del ejecutivo y su partido, al ser el partido, además, el único a quien se debe rendir cuentas por cuestiones de carrera política. Por supuesto, esto involucraría la existencia de mecanismos eficientes como garantía del cumplimiento del mandato. Una crítica presentada por Przeworski se centra en el hecho de que no existen mecanismos institucionales inmediatos, garantes del cumplimiento ante la sociedad. A su vez, a los ciudadanos tan sólo les queda la protesta como mecanismo de presión para el

cumplimiento. De esta forma, si se supone que un partido prefiere mantener el puesto del ejecutivo, deben temer al castigo electoral, y desarrollar cierta sensibilidad política con fines de evaluar cuándo cumplir el mandato, y cuándo actuar de manera distinta, por el bien de la sociedad. Aunque, reitero, el efecto negativo del estatuto de no re-elección.

Por su parte, la representación por rendimiento de cuentas, tiene lugar cuando el electorado retiene a su gobernante si éste promueve el bien común, o bien cuando las políticas promovidas han sido necesarias y suficientes para su re-elección. Al respecto, Przeworski habla de un modelo de evaluación retrospectiva que supone la evaluación del desempeño del gobierno en términos comparativos, para decidir la dirección del voto intencional. Autores como Madison, argumentan que no existe un modelo de representación pura, sino una combinación de ambos modelos, lo que resulta lógico en el sentido eastoniano por su teoría sobre “la caja negra” del gobierno en el flujo de demandas y respuestas. Al tratarse de una democracia representativa, y no directa, las cuestiones políticas se basan en gran medida en los consensos logrados en un parlamento, o en las cámaras, lejos de los ciudadanos. El tema de la rendición de cuentas sigue ligado a la responsabilidad política que ejercen los representantes, y sin mecanismos democráticos adecuados (rendición horizontal), se fragiliza el posicionamiento espacial de los partidos, ya que pueden actuar de determinada manera, mientras permitan un desvío discursivo, que establezca una situación de incoherencia, generando mayores niveles de desconfianza institucional en general.

Siguiendo el hilo conductor de los factores arriba mencionados, la delicadeza de la democracia representativa en las llamadas democracias jóvenes, enfrenta una multiplicidad de problemas complejos, que exige medidas inmediatas, y una atención ciudadana calificada, que bien puede iniciarse a través de la exigencia de campañas políticas informativas, sobre todo durante el periodo de campañas electorales. Es decir, exigir campañas equitativas, sin la aplicación de mecanismos de generación de terror que activen el voto hacia una dirección partidaria particular, campañas informativas para posteriormente exigir un cumplimiento responsable de lo propuesto, etc.

Aunque la ideología se ve entrelazada con los modelos de representación y el voto, queda claro, que las cuestiones que representa el candidato y la ideología se complementan con la categoría de ubicación espacial. Es decir, la percepción de posiciones se relaciona con imágenes, lo que implica "que el votante se coloca y coloca a los partidos en algún tipo de ordenación espacial, en fila, y el concepto de imágenes de las posiciones implica que los partidos maniobran precisamente para comunicar al electorado una ubicación espacial de sí mismo" (Sartori: 2005: 391). Esto permite colocar la *posición* de cuestiones en un espacio de cuestiones.

Teniendo claro lo anterior, podemos ahora revisar algunos puntos que influyen sobre la competencia espacial.⁵

*Cuando el sistema de partidos es poco estructurado, los votantes tienden a invocar un comportamiento electoral que favorece predominantemente a algún personaje notable, en resumen, la votación por personalidades. En el caso de México, tras la alternancia se desprende un ambiente de confusión por la necesaria remodificación y reconfiguración del poder dentro del sistema de partidos, por ende, se rompe el esquema anterior para sustituirse por el paradigma de la democracia, la inclusión y la pluralidad. Aun con un sistema de partidos bien institucionalizado, resulta una era de confusión respecto a posiciones e identidades. De allí surge, en mi opinión, la polarización de la sociedad alrededor del PRD y del PAN, mientras que el PRI queda al margen por su incapacidad de autodefinirse como partido de oposición.

*La votación por políticas generales, en otras palabras, el voto destinado a una política de cuestiones y que "reaccionan a las actitudes en materia de política general de los partidos" (Sartori: 2005: 392). Cuando ocurre este tipo de votación, que es raro y difícilmente demostrable, por lo regular tiene lugar en varias dimensiones y no se reduce a una representación espacial. Aquí hablamos de un fenómeno de partido "atrapa todo" que domina

⁵ Citados en Sartori, 2005, pp. 392-293

el escenario. Esto no ha sido el caso de ningún partido en México, que gozan en cierta forma de posiciones firmes en torno a cuestiones propuestas

*Lo votantes tienen opinión respecto a las cuestiones, por lo que su voto se dirige hacia un fin determinado. Se debe complementar un análisis sobre cuál va a ser determinado como punto de abandono. Es decir, cuando el voto se dirige hacia un partido que anteriormente no se consideraba de manera preferencial, porque una cuestión de dicho partido se percibe como indeseable y transforma la imagen que el votante tiene del partido, la lealtad y la afiliación que puede haber existido con o hacia un partido dado.

*La votación por cuestiones es más factible en sistemas de partidos sencillos, como los bipartidistas. Cuando se habla de sistemas multipartidistas, se complejiza sobre todo por las coaliciones que se forman en el gobierno. Como el sistema bipartidista regularmente sitúa dos frentes opuestos resulta sencillo optar por cuestiones, porque las alternativas son muy distintas. Sin embargo, un sistema que encarna muchos partidos, también encarna varias posiciones, y por ende, cuestiones, por lo que la elección se amplifica. A su vez, si tratamos gobiernos de coaliciones la relación posición-cuestión está sujeta a un debilitamiento coherente.

*La votación en torno a cuestiones pasa a ser de posiciones cuando ocurre una modificación ideológica que va de débil a fuerte, es decir, el cambio o sustitución del pragmatismo político por la ideología política.

Estos puntos encarnan unas hipótesis centrales respecto a la competencia política en la medida que aportan pistas de verificación de tendencias generales de votación en un espacio político.

Al darse cuenta que el binomio izquierda—derecha opera en un sistema multifacético o multidimensional, parece posible traducir la categoría a “un discurso ideológico” que carga y transforma sus valores asociativos porque carecen de sustrato semántico. Están igual que el

sistema, sujetos a modificaciones coherentes con los tiempos históricos y las cuestiones de punta, lo que los votantes consideran prioridad (no todo es manipulable por los políticos). Al hablar de un espacio político nos vemos en la necesidad de distinguir varias dimensiones a las que se encuentra sujetado. El binomio izquierda-derecha, constituye un ordenador horizontal, sobre el cual intervienen otros ordenadores que se presentan como fisuras en la dimensión horizontal. En el sistema de partidos se encuentran posibilidades y combinaciones que forman miles de ordenadores que operan bajo un marco cultural general, por lo que su expresión es variada y contextual. Regularmente se establecen binomios como religión-secularización o autoritarismo-democracia, etc., que constituyen claves de apoyo para la comprensión e interpretación de un sistema de partidos. A medida que estos ordenadores, cualquiera que sea, interactúan sobre la línea horizontal (izquierda-derecha) se crea la imagen multidimensional. A mi juicio, esto llega a ser la visión más completa y adecuada del sistema de partidos y la geometría política, porque permite la visualización gráfica de relaciones multidimensionales, que nos puede dictar alguna evidencia sobre las tendencias existentes del sistema. Sartori señala la posibilidad de aplicar una categorización a cada dimensión (socioeconómica, religión, etc.) para el dibujo de un ordenador sujeto al binomio izquierda-derecha, que dilata la inclinación del partido a través de su orientación dentro de cada ordenador. Se trata, pues, de una búsqueda de semejanzas y discrepancias que resuelve la pertenencia espacial, y que lleva a su posicionamiento en el espacio.

De esta forma, se facilita un análisis relacional entre elementos de caracterización. En términos socioeconómicos la izquierda se inclina por la asistencia social desde el Estado; mientras la derecha formula una propuesta desde la lógica del mercado. Así sucesivamente se pretende establecer el criterio de distinción y expresión de cada uno, en su suma de valores asociativos de pertenencia. En este sentido, Sartre tenía razón, la izquierda y la derecha son dos latas vacías. Su contenido es causal, contextual y relacional. Al contemplar la multidimensionalidad se permite la competencia y la diferenciación partidaria a nivel de las elecciones, ya que dos partidos no pueden empalmar posicionalmente en todas las dimensiones (si fuera el caso, sería el mismo partido). El análisis se vuelve más ambicioso

en sistemas multipartidistas ya que el costo de campaña puede llevar una simplificación de la relación cuestiones-acciones.

La elasticidad de los partidos es otro tema a contemplarse, y resulta un fenómeno de sumo interés. No se trata de un posicionamiento ordinal sobre el eje izquierda-derecha con intervalos fijos, sino que los intervalos son elásticos, lo que en términos de competencia posibilita un mercado mayor. El encogimiento o su contrario son elementos manipulables discursivamente como opción entre el electorado. La posición es entonces enteramente propiedad ideológica. Una derivación lógica sería suponer, consiguientemente, que donde la ideología es más fuerte (menos pragmática), el posicionamiento tiende a ser más fuerte también.

Capítulo II

La ubicación espacial de PAN, PRI y PRD a raíz de las campañas electorales del 2006 en México

El escenario de evaluación electoral

Indudablemente, uno de los problemas con el que se enfrenta al empujar un análisis de esta magnitud, es la herencia indiscutible del régimen establecido y entablado sobre las normas del partido hegemónico (PRI). Con ello se debe enfatizar que fue una tendencia común durante el proceso de democratización hasta la alternancia, el denominar una separación del universo político en dos tamaños distintos: el partido hegemónico y la oposición. De esta forma, el binomio izquierda-derecha ha existido paralelamente con el binomio partido hegemónico-oposición, aunque con referencia a la democratización parece que en la literatura reciente no se destaca por su relevancia. Más bien, utilizar las categorías izquierda-centro-derecha es una disputa espacial que debe tener lugar posterior a la alternancia, ya que el *modus operandi* del PRI, en calificación de partido hegemónico, restringió el pluralismo a procesos de apariencia democrática, supervisados y controlados estos procesos desde la dirigencia priista, lo que jamás permitió a otros partidos centrar fuerzas en la identificación propia hacia fuera, sino siempre en función del PRI.

Siendo ello el fundamento de costumbre político de comprender la competitividad, es interesante observar que a raíz de la evolución del sistema de partidos en México, el aumento de competitividad que se dio en la década de los noventa, "se acompañan por una cristalización en las tendencias político-ideológicas de los mexicanos" (Moreno: 1999: 311). Esto recibe importancia ya que significa que hay una relación evidente entre preferencia por un partido y la orientación ideológica, lo que genera una apertura en la competencia política, que posibilita un espacio electoral dinámico con posibilidades de reconstruir una delimitación del campo de acción y de discurso. En un momento de cambio político, la transición a la democracia, este tema del cambio y la democracia superan las viejas disputas políticas de clase económica. Se ubican en cierta medida en el rango posmaterialista, ya que no se concretizan desde la sociedad en demandas más allá del cambio de régimen. Los partidos

que en 2006 apelaban a valores socioeconómicos de clase social, quizás deben su derrota por su misma actitud anticuada, que no les permitió percibir el valor agregado explícitamente al tema del cambio. Pudiéramos incluso imaginar que la preferencia por un partido se vincula estrechamente con una actitud antidemocrática o prodemocrática.

Moreno encuentra así que “el abanico de temas de conflicto político se expresa en términos abstractos que buscan resumir las configuraciones ideológicas de los individuos y los partidos. Los términos izquierda y derecha, por ejemplo, permiten captar y resumir diversos temas y posiciones político-ideológicas” (Moreno: 1999: 313). Anteriormente, debido al sistema de competencia dictado por el partido hegemónico, la inclinación de un lado u otro, dependía del liderazgo presidencial. En el caso de los electores, el largo proceso de cambio político evaluó de manera particular a la pertenencia de los partidos políticos en México en el espacio de competencia política. De esta forma, la derecha se ha vinculado con el *status quo*, en el caso de México supondría la resistencia al cambio; mientras la izquierda mayoritariamente se asocia al profundo deseo de transformación del sistema y el régimen a través de procesos veloces de modificación. De esta manera, dice Moreno, el electorado que se piensa como izquierda optan en mayor medida por un gobierno democrático, que los que se consideran de derecha (Moreno: 1999: 313), por lo que es interesante anotar la fuerte relación que existe, a propósito, entre los binomios “izquierda-derecha” y “democracia-autoritarismo”, aunque no de manera horizontal.

Acorde la investigación de Moreno, a partir de los noventas, empieza a dibujarse una fuerte asociación entre ideología y voto en México, y consecuentemente, se desarrolla una idea de pertenencia en el espacio político. Sobre todo, resulta que el voto ideológico concentra fuerza alrededor de tres partidos políticos: PRI, PAN, y PRD, y por ende, se matiza de manera más clara el lugar que cada uno ocupa en el espectro político. Tenemos, pues, que el PRD se coloca a la izquierda, el PAN en el centro y el PRI a la derecha. Esto da, un lugar privilegiado al partido centrista (PAN), ya que permite pelear los votos volátiles de ambos lados, mientras la afirmación ideológica de identificación debe ser más fuerte a los lados, y sólo permite la captura parcial de votos volátiles o no-ideológicos. Aquellos dos a los lados, deben buscar el

punto de equilibrio entre ideología y discurso, que permite maximizar el voto. Es decir, apelar y reiterar los puntos que por sus votantes se considera la prioridad. La competencia es, por ende, no sólo entre partidos políticos e ideologías, sino también entre temas, como anotan Carmines y Stimson⁶. Es por esa misma razón, que resulta vital generar un análisis entorno a las campañas políticas en periodos de elecciones, ya que alrededor de ellas, se desarrollan las bases temáticas, y se reitera, en muchas ocasiones la pertenencia espacial de los candidatos y sus partidos.

Es, pues, en vísperas de las elecciones presidenciales del 2000, tras varias reformas políticas y electorales, aunado la desestabilización del poder priista en las elecciones intermedias de 1997, que podemos observar formulaciones diversas, independientemente del partido hegemónico, partiendo de una estrategia política con el fin de apoderarse de votos con base en proyectos e imágenes ideológicos particulares. Se subraya en este proceso, el desarrollo de asociaciones valorativas en las que izquierda y derecha se relaciona directamente con personajes, valores y situaciones. Estas tendencias se subrayan durante el transcurso de la campaña en 2006, y se reflejan en la forma de elegir de los votantes. Queda claro, que las bases sociales de apoyo de los partidos políticos llegan a jugar un papel fundamental en la formulación de proyectos y la apelación a ideologías y valores, por lo que en lo siguiente veremos a la brevedad posible, las principales tendencias de apoyo que se describieron en el periodo de las campañas para las elecciones federales del 2006, en aras de reconstruir una relación entre ubicación espacial de los partidos y el resultado de la geometría política desde los partidos.

La *pejemanía* y el PRD en campaña electoral

Sin lugar a duda, el candidato más controversial de las elecciones federales y el proceso posterior al pronunciamiento del resultado final fue Andrés Manuel López Obrador. No tan sólo controversial en sentido de acciones emprendidas en el tiempo postelectoral, sino también en la construcción de su imagen como candidato del mayor partido que aglutinaba al

⁶ Citado en Giovanni Sartori (2005): Partidos y sistemas de partidos. 2da edición, Ed. Alianza, Madrid

mayor número de partidos políticos de la izquierda mexicana. Los partidos que ante el instituto Electoral Federal (IFE) se sumaron a su campaña para formar la coalición "Por el bien de todos" fueron: el Partido Revolucionario Democrático (PRD), como matiz, el Partido del Trabajo (PT) y Convergencia, aceptaron y disfrutaron, en cierta medida, de la popularidad del liderazgo del candidato perredista ante amplios grupos de la sociedad.

A pesar de la popularidad del candidato entre gran parte de la población, aquél construyó sus posturas ideológicas de tal forma que culminó en el terreno de la contradicción ya que varios temas entraron en conflicto con algunos de los lemas originarios de la izquierda, además de la existencia de un comportamiento que pareciera no pertenecer al acuerdo y las normas de una asociación (el partido político), sino más bien a un fetichismo dirigido a la relación que creada entre el liderazgo y un movimiento social.

El hecho de que el partido pudiera manifestar su peso enteramente a través de la imagen de su candidato genera muchas preguntas cuya respuestas oficiales carecen de validez o simplemente de sentido. Entre otras cosas, la gente alrededor de López Obrador, que involucra o señala al candidato como participe en actividades poco transparentes e ilícitas, como los video-escándalos del 2003 primero con el empresario Carlos Ahumada, posteriormente con el ex-candidato a gobernador de Oaxaca, Gabino Cué Monteagudo, quien por cierto organizó la visita de campaña de López Obrador, en ese estado (Díaz: 2005: 13). Aun con ello en el bagaje, López Obrador no tenía necesidad de disputar su candidatura frente al partido. Una razón lo suficientemente fuerte indica que el candidato perredista basa su presencia en las redes ciudadanas, por lo que su apoyo de votantes era amplio y persistente tras las visibles mejoras en el área capitalina, añadiendo lo antepuesto a las promesas expuestas anteriormente a las campañas agregaba nuevos grupos ciudadanos, lo que generó nuevos grupos de interés, aprovechables para las múltiples facciones internas del partido. Sumándose a ello, la actuación abiertamente pragmática del partido, que por nacimiento permite la representación de personajes cuestionables e integrantes "volátiles" como ex-candidatos a la presidencia, ex-priistas, al igual que militantes de otros partidos. De

esta forma, el candidato ha obtenido el apoyo de una mayoría interna para asumir su candidatura con una ideología poco coherente con los principios partidarios.

A su vez, en búsqueda de la maximización de votos de ciertos sectores de la sociedad, alejó a López Obrador de la izquierda. Sobre todo, los grupos defensores de derechos y preferencias sexuales, grupos feministas en pro de la legalización del aborto, más los grupos que argumentan a favor de la eutanasia. Tratándose, sobre todo, de temas posmaterialistas, cuyo contenido no responde a las demandas de los sectores conservadores y eclesiásticos, se generó cierta fragilidad en la captura de aquellos votos, por lo tanto se decidió abandonar o extender los debates en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal (ALDF) con el fin de crear un imaginario que no asociara al candidato con temas pronunciadamente de izquierda, y buscar la alianza con la derecha (Vera: 2005: 14). El esfuerzo de López Obrador por incorporar el sector eclesiástico tuvo como consecuencia la donación de un terreno de 30 mil metros cuadrado para la construcción de un centro comercial que amplía el atrio de la Basílica de Guadalupe, y que llegará a generar ingresos para la Fundación Plaza Mariana⁷, por la venta de criptas mediante servicios de pago parciales, cuotas de estacionamiento, etc. (Vera: 2005: 16). Posteriormente, en las colonias cercanas a La Villa, se manda pegar carteles con López Obrador junto a la Virgen de Guadalupe⁸. Es interesante contrastar con el tiempo, cómo en el periodo postelectoral del 2 de julio del 2006, el mismo candidato tras sostener el discurso del fraude electoral, da un giro drástico hacia la izquierda radical, queriendo construir una "democracia directa" en una muy extraña combinación con un método antisistema.

Populismo urbano

Aunque varios autores concuerdan en torno a la dificultad de definir el contenido de un populismo concreto, parece, en el mejor de los casos, "una carga emotiva muda" fijada en la intuición (Laclau: 2006), que además no está sujeta a una lógica de izquierda-derecha. Los

⁷ Fundación que es encabezada por el Cardenal Norberto Rivera.

⁸ Luego el IFE los manda a quitar con la argumentación de considerarse proselitismo político (Vera: 2005: 16), ya que la donación tuvo lugar, según la Gaceta Oficial del Distrito Federal, el 8 de abril del 2003, que fue año electoral.

rasgos populistas se han encontrado en movimientos tanto de izquierda como de derecha, y su común denominador está en relación a grandes movimientos de masas con un líder carismático que aboga por una clase de demandas generalizadas asumidas por los integrantes del movimiento. Se construye un discurso amplificado alrededor de las demandas, y es interesante observar que el discurso genera controversia entre dos fórmulas distintas en la política: la retórica y la lógica. Gino Germani observaba cómo la irracionalidad a menudo dominaba el discurso peronista. Incluso llega a referirse a una solución pseudoautoritaria versus el elevado programa democrático inclusivo postulado por Perón ante las masas de seguidores (Germani: 1969). Se manifiesta pues, la incoherencia entre palabra y acción, lo que refleja su postura pragmática.

Respecto a la irracionalidad anotada, Laclau concuerda sobre la relación controversial entre retórica y lógica, y delata la misma relación controversial entre retórica e ideología ya que la retórica constituye "la anatomía de la ideología, porque logra constituir sujetos populistas" (Laclau: 2006: 27). De aquello habrá que especular sobre el populismo como reflejo de una realidad que ha construido su racionalidad a través de su liderazgo. La racionalidad es, en fin, una construcción social vinculada a una asignación de valores sociales. Esto permite que el populismo, como categoría analítica, pueda operar en distintos niveles generando movimientos de gran diversidad en contenido obstaculizando una definición ontológica.

Contemplando los elementos anteriores podríamos agregar que Weber describe tres distintos tipos de dominación legítima: la dominación racional, la tradicional y la carismática (Weber: 2002: 172). Sobre esta última fórmula la siguiente descripción material sobre la legitimidad de su dominación: "descansa en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y las ordenaciones por ella creada o revelada", y sigue, "y el caso de la autoridad carismática se obedece al caudillo carismáticamente calificado por razones de confianza personal en la revelación, heroicidad o ejemplaridad, dentro del círculo en que la fe en su carisma tiene validez" (Weber: 2002: 172-173). Estas descripciones consideradas por Weber "tipos ideales", por lo que no aparecen en forma pura, contemplan en el caso del carisma una evolución que convierte a la autoridad carismática en cotidianidad

que desvanece el carisma inicial. De la misma forma, en resumen, la autoridad no es duradera sino temporal, y el éxito se vincula con el mantenimiento y aumento de las facetas carismáticas del personaje.

La popularidad del tabasqueño tiene arraigo en la construcción y movilización de un gran movimiento urbano con demandas generalizadas. Su liderazgo fue insertado desde su jefatura en la Ciudad de México, gubernatura que utilizó en la generación de alianzas estratégicas y cumpliendo demandas materiales destinadas a un sector que por muchos políticos no había sido registrado como grupo de interés, como las personas de la tercera edad que reciben mensualmente una simbólica cantidad monetaria. Igualmente ocupó su cargo para universalizar el seguro médico a los capitalinos. Conforme la popularidad del candidato aumentaba el partido del Ejecutivo (PAN) llevó el seguro médico al resto de la república mexicana, probablemente como estrategia de contraataque. Por lo menos, entre los seguidores de López Obrador, la acción se recibió con resentimiento.

El carácter y el poder de convocatoria política del perredista se trazan hasta los años ochenta, donde en Tabasco López Obrador encabeza su primer llamado a la sociedad de movilizarse bajo el lema "éxodo por la democracia". La connotación bíblica sobre el éxodo (de *exodus*) remite al discurso mesiánico en el que se han despertado esperanzas en la sociedad mexicana sobre todo en estratos urbanos bajos y medios. Desde entonces, López Obrador mostró su capacidad de dirección en un movimiento social, así como la facilidad que tiene para la generación de un discurso popular de amplio alcance.

Algunos factores que aportaron positivamente al clímax de su liderazgo fueron no solamente los logros obtenidos durante su cargo en el Distrito Federal ni la renuncia prematura al cargo – con la que evadió una rendición de cuentas- que fue transferido al sucesor Alejandro Encinas⁹. La idea de transparencia para el candidato siempre estuvo en relación a una realidad directa, por lo que ofreció conferencias de prensa todas las mañanas, a las ocho horas. La idea de una conferencia de prensa diaria no es reprochable en sí, aunque habremos

⁹ Alejandro Encinas fue nombrado jefe de gobierno interino cuando AMLO asumió su candidatura a presidencia.

de admitir que no puede más que fingir ser un garante de transparencia que lo colocaría como guardián de principios ajenos a una democracia directa. Por otra parte, las contra-estrategias de otros partidos y aspirantes a la ocupación del puesto del Ejecutivo culminaron en la llamada *pejemanía* desde la marcha del silencio,¹⁰ aumentando con el proceso de desafuero y con la campaña anti-izquierdista emitida por el candidato opositor Felipe Calderón. A ello se suma la legislación electoral que cuenta con un presupuesto federal amplio destinado a las campañas electorales de los partidos con registro al igual que el amplio plazo (en términos de tiempo) que se otorga para fines de competencia electoral entre partidos políticos. Con la televisión como principal herramienta para la creación de imágenes (sesgadas) de los distintos candidatos.

A posteriori, el éxito de López Obrador se fundamente en la CND tras un pronunciamiento e fraude electoral y la insistencia en el auto-nombramiento como presidente legítimo de México, así como en la instauración de una democracia directa (ciudadana) ejercidos en un gobierno paralelo.

El PRD, desde Cuauhtémoc Cárdenas comparte rasgos populistas por lo que en el espectro político se inscribe como izquierda populista, justamente juzgando la actitud del candidato a raíz de su derrota. Por un lado, la referencia a un fraude electoral, sin comprobar en elecciones limpias, y por otro, la falta de aceptación de la derrota así como de las decisiones del Tribunal Electoral¹¹ (Bartra: 2006). El PRD, desde su fundación con Cárdenas en 1988 ha invocado un populismo conservador que recoge los matices históricos que sostenía la revolución mexicana, con una marcada integración de nacionalismo, raíces que el PRI ya había abandonado desde fines de la década de los ochenta. Su eje ha girado sobre sospechas de fraude, y su razón de ser en gran medida descansa sobre el lecho del fraude y el complot. Su comportamiento refleja un complejo de Electra que de cierta forma no logra superarse y concretarse en un proyecto propio y distintivo. Respecto al conservadurismo popular, Roger Bartra señala un hecho importante que radica en la pretensión perredista de

¹⁰ Marcha realizada en contra de la delincuencia y la violencia en julio de 2004 en la Ciudad de México.

¹¹ Decisiones que no proclamarían un recuento voto por voto sino únicamente en aquellos lugares donde había razones argumentadas.

instaurar, preservar y restaurar estructuras de poder caciquil del antiguo régimen (Bartra: 2006). Incluso, sostiene, el nacionalismo populista conservador que dominó su campaña durante las elecciones del año 2000, fue razón de su derrota, frente a una derecha centrista modernizadora, democrática y pragmática (Bartra: 2006).

Desafortunadamente, aunque parte de su estrategia, López Obrador desarrolló una campaña coherente contra los ricos y contra el entonces presidente a cargo, Vicente Fox; a pesar de un poseer un programa viable y racional, los canales de intercambio extra-institucionales marginalizaron la posibilidad de captar más votos céntricos. Parece, pues, que la crítica hacia Fox tuvo un efecto inverso ya que el presidente, en el imaginario social, constituye un símbolo de transición, lo que resultó en la pérdida de votos. Moreno afirma esta postura cuando menciona que el PAN se identifica como la oposición céntrica, y no decididamente como derecha. De la misma forma, el anuncio sobre el complot por parte de empresarios, así como la existencia de El Yunque y la derecha fascista no son argumentos lo suficientemente válidos para apoyar la tesos del candidato sobre el fraude, sin embargo, esta visión o teoría sólo se generalizó en el núcleo perredista, y no en el total de la sociedad (Bartra: 2006); aún así, el poder de la izquierda mexicana se manifestó al casi ganar las elecciones. En comparación con el año electoral anterior (2003) el apoyo ciudadano subió casi un 20%, por lo que queda constatado un cambio en las bases de apoyo.

En la era poselectoral tras la denuncia de fraude, se puede apreciar más claramente una ruptura entre López Obrador y el PRD. El tabasqueño encabeza la CND como asociación paralela, extraoficial y externa al partido; a su vez, la estrategia de campaña se abandona por el partido con la derrota. Durante el último Congreso Nacional del partido salió a la luz una nueva propuesta constitucional que refleja la incomodidad que las facciones mayoritarias sienten al ser calificadas/auto-calificarse como izquierda. En un principio, la propuesta entraña la modificación de los principios del partido, lo que desplaza al PRD hacia el centro; igualmente, amplía la posibilidad de crear relaciones internacionales, lo que señala un alejamiento político con el protegido nacionalismo. A propósito se planea agregar las categorías "patriótico y progresista" al proyecto perredista (Milenio, 3 de agosto 2007). El

adjetivo de izquierda se elimina de los estatutos y proyectos, así se reformula el párrafo 9 del segundo capítulo en el que se borra "el Partido de la Revolución Democrática se asume como partido de izquierda..." que sustituirá por "el PRD asume sus convicciones, su ideología y sus proyectos de gobierno y legislativos, privilegiando sus compromisos con las grandes mayorías, para transformar la sociedad, la economía y el Estado hasta lograr la equidad con una redistribución más justa de la riqueza, el acceso a condiciones efectivas de desarrollo, justicia y seguridad para todas las personas y la plena democracia política" (Milenio, 3 de agosto, 2007).

No obstante, asegura Ignacio Pinacho, el pragmatismo debe sustituirse por ideología, lo que promueve la unidad con la identidad partidaria garantizando bases probablemente más exitosas en el futuro. Esto implica la implementación de reglas claras que puedan sostener la identidad. De esta forma, no basta la reformulación de principios y estatutos, a menos que se confirme una identidad firme a lo largo de los documentos. Persisten, pues, elementos de los postulados tradicionales del nacionalismo revolucionario, que debilitan una identidad "ideológica".

De esta propuesta se deriva el abandono de la idea del "partido apéndice" de un personaje notable (como López Obrador). Significa el abandono de varias líneas políticas en torno a los cuales trabajan las corrientes internas. Se debe buscar la eliminación de grupos que buscan consensos, lo que se encuentra lejos de los grupos que apoyaron la decisión de protesta pública de ciudadanos y la ocupación de áreas comunes, como el Zócalo, Reforma, etc. De nuevo se reitera el abandono y sustitución del pragmatismo evidente, por un proyecto de partido unificador, que permite la acción política dentro de un marco ideológico particular, con sanciones claramente definidas si un grupo o facción interno presenta un comportamiento laxo o se desvía de los principios establecidos en los acuerdos y estatutos del partido.

El candidato de Herodes

El candidato que se postuló a la presidencia por parte del Partido Acción Nacional (PAN), Felipe de Jesús Calderón Hinojosa, un personaje gris elegido por la derecha mexicana como su representante. El reflejo del candidato hacia el exterior era el de un hombre serio, conservador, sin caer en el extremismo de algunas facciones del PAN. Sin embargo, igualmente había factores que indicaban poca pertenencia al foxismo. Era, pues, como presentar una nueva carta del partido, cuyo contenido concreto era todavía incierto. Calderón era un personaje con poca presencia pública anterior a su candidatura, que podría catalogarse de mínima o escasa, y una historia familiar con raíces en Michoacán, que sugieren una vinculación importante con la guerra cristera¹² de los años veinte. Debe subrayarse, que la facción que aporta activamente a la candidatura opta por el fortalecimiento de los grupos empresariales al norte y sur de la república, manejando una política que apela sobre todo a la economía y el esfuerzo por mejorar la misma por vía del negocio empresarial y corporativo, ya sea a nivel micro, mediano o macro, con particular estrés en las relaciones internacionales entre gobiernos, y empresas/corporativos que se consideran de interés en términos económicos para el crecimiento del país. En materia política, la candidatura no señalaba mayor flexibilidad en cuanto a temas del aborto, el uso de píldoras y anticonceptivos, políticas de género, entre otros elementos reconocidos en el ámbito de lo social. Eso nos muestra cierta impotencia en el manejo de materia social, que dilata una inclinación por el *status quo*, y la relación con las doctrinas católicas, que normalmente tienen los militantes de derecha.

La experiencia de Vicente Fox en la presidencia, llevando al PAN a convertirse en el primer partido de oposición en acceder al poder tras la alternancia del 2000, mostraba evidencias de agotamiento desde las elecciones intermedias del 2003. El gobierno depende de manera directa de su capacidad de negociación frente a las otras fuerzas, con el fin de triunfar y llevar a cabo sus proyectos y promesas electorales. Si un gobierno no cuenta con mayoría absoluta, lo que fácilmente resulta problemático en sistema político multipartidista, la capacidad de actuar se encuentra en interdependencia con la capacidad de reacción ante

¹² La Guerra Cristera fue un conflicto armado (1926-29), que tuvo lugar bajo el régimen del presidente Plutarco Elías Calles, causado por el descontento de grupos religiosos por la legislación y las políticas públicas, que restringía la autonomía de la iglesia en asuntos públicos y el ejercicio de culto fuera de los templos.

demandas civiles y la posibilidad de crear coaliciones o negociaciones fructíferas. En el caso del gobierno federal panista, la mayoría absoluta nunca fue una condición real en ninguna de las dos cámaras, más el PAN no ha elegido en ningún momento hacer coalición con otros grupos de gobierno. Su falta de experiencia en el poder quizás fue subestimado por los militantes del partido, por lo que a final del periodo presidencial de Fox, el descontento social había crecido en su totalidad al haberse realzado visiblemente la agenda de las campañas del 2000. Sin lugar a dudas, la fuerza de la izquierda los tomó por sorpresa, ya que se estimaba que la carrera presidencial sería entre PRI y PAN, mas no contra el PRD, y mucho menos de una manera tan cerrada. El éxito en el plano local del PRD influyó consecuentemente en la composición de las cámaras de diputados y senadores, cuyo periodo legislativo es ejercido durante el periodo presidencial de Felipe Calderón, quien igualmente gobierna sin mayorías.

Muchos intelectuales y ciudadanos de razón coinciden al descartar la legalidad de la acción del PAN en las campañas electorales. Desde su primer discurso oficial, el candidato empezó a construir una imagen de su partido, y otra imagen con particular énfasis en las consecuencias de votar por su adversario. El discurso, pues, se concentró en la construcción de la destrucción del adversario izquierdista, cuya fuerza se había revelado a través de las columnas de opinión pública en diversos periódicos, lo que indica una pensada relación entre ideología y voto. Las campañas en cierto sentido revelaron las tendencias de lealtad tribal, más que promesas y propuestas de continuidad con el propósito democrático. Por un lado, se puede decir que la disputa electoral se realizaba en dos planos: mensajes entre grupos de la elite, y la batalla por el voto masivo de grupos populares de la sociedad.

Aunque en el proceso electoral intervinieron varios eventos cuya naturaleza llegó a impactar sobre las opiniones y las ideologías (como el desafuero y los video-escándalos), las imprudencias en el manejo de aquellos, sobre todo desde una posición tan delicada como la del presidente; Fox mismo fingió como figura al subrayar algunos procesos condicionantes para el voto ciudadano posteriores, como las equivocaciones con la PGR durante y después del debate "desafuero". Anteriormente, mencionó que no se pensaba una disputa tan cerrada

entre el PAN y el PRD, sino que se esperaba una dinámica entre dos partes cooperativos, el PRI y el PAN. No obstante, esta polarización ha mejorado las posibilidades de análisis en términos de izquierda y derecha; ya no debe, ni puede, pensarse en términos de partido-oposición, sino en ideología y acción (también cuando se dificulta distinguir entre aquellos dos), lo que culmina en una comprensión dicotómica de izquierda y derecha.

Las campañas del PAN, que por muchos han sido clasificados como violadores de la ley electoral (y la Constitución)¹³ se han difundido en su mayoría por el medio televisivo. Este medio, fue el de mayor impacto para todos los candidatos, y el más eficiente para llegar a los ciudadanos en sus casas, y exponer un mensaje en masa durante la hora de mayor audiencia durante varias semanas. Esta forma indirecta de exponer al adversario en “comerciales”, que en el caso de Felipe Calderón, permaneció por meses sin censura fue una de las constantes durante el periodo de campañas. En estos *spots* comerciales la *Coalición por el bien de todos*, personificada en López Obrador fue presentada como “la izquierda amenazante a la integridad del país”. Es decir, se manejaba la izquierda como una amenaza nacional, que acarrería consigo inseguridad y grandes pérdidas económicas, incluso, acabaría con los pilares de la democracia, como la libre expresión. El caos y la crisis, apelando a la memoria colectiva de anteriores cambios de gobierno, fueron pintados como hechos evidentes y consecuentes al optar por un voto para la Coalición de izquierda. Las comerciales financiadas por empresas como Jumex y Pepsi-cola, a su vez, mostraban imágenes con un mensaje político severo, que apuntaba a la creación de una noción comúnmente compartida que sugería la igualación entre López Obrador y Hugo Chávez de Venezuela. En torno a ambas propagandas se formaron olas de terror afirmadas por las acciones y operativos policiacos en municipios como San Salvador Aténco durante Mayo tras lo pasado en el mercado de flores¹⁴. El evento sirvió aun más como afirmación al coincidir

¹³ Ha sido sugerido por algunos autores, intelectuales, y personajes de izquierda, que la sintonía de las campañas electorales del PAN y de ciertas compañías extranjeras, por ejemplo, Jumex y Pepsi Cola, quienes inyectaron numerosas cantidades de dinero a la imagen de Calderón. Al no pertenecer dichas compañías y empresas estrictamente al ámbito nacional, sino que son extranjeras, debe cumplirse el Art. 33 de la Constitución mexicana que prohíbe la intervención extranjera en la política nacional y sus asuntos. Contemplando, desde luego, que las elecciones presidenciales son asunto propio.

¹⁴ Enfrentamiento entre un cuerpo militarizado de policías y la población civil, que culminó en el encarcelamiento sin juicio de parte de la población civil, más un ejercicio de poder esporádico hacia la población, así violaciones sexuales y de

con la gira nacional organizada en torno al lanzamiento de "la otra campaña" encabezado por el subcomandante Marcos, fundador de la guerrilla chiapaneca EZLN, quien decidió cambiar sus planes de gira para simpatizar con los habitantes de Aténco.

Así, se puede concluir que las campañas panistas en conjunto con sus grupos de apoyo, en cierta medida, buscaba no sólo incentivar el resentimiento contra el candidato perredista, sino también la generación de un sentimiento amplio y colectivo de culpa y responsabilidad al "dejar pasar" el crecimiento del adversario y su movimiento culminando en su ocupación como jefe máximo en el puesto ejecutivo. La televisión en esta ocasión se utilizó para publicar mensajes indirectas sobre un escenario posible de desorden e inseguridad – peligroso para la democracia. Sabemos, justo como han apuntado escritores como Sartori y Canclini, que el mundo de las imágenes es fácilmente manipulable, y que la cámara muestra tan sólo una parte de la realidad. La homosintonización, que es un método utilizado por regimenes de toque fascista, nazista o extremista de otra forma tiene, pues, como propósito principal eliminar el voto oponente. Debe mostrar que solamente existe una opción racional o correcta. Incluso, desafortunadamente, es un método que juega el papel de incógnito con la democracia procedimental y sus ciudadanos, ya que a primera vista parece usar un lenguaje democrático, siempre y cuando no aluda a la violencia física, que reconoce y se adapta a la pluralidad y la libre elección. Es decir, siempre se otorga la otra opción, no obstante, las olas de terror garantiza que no sea ocupada.

Sin afán de tomar una postura vale destacar que en la campaña de terror impulsada desde el PAN y sus afiliados al proyecto, AMLO y el PRD igualmente ocuparon las malas definiciones en las reformas electorales a su favor. El caso de López Obrador es obvio, al estar bien definida su intención de conseguir la presidencia, el candidato perredista inició su campaña con cinco años de anterioridad, tomando como punto de partida la popularidad del PRD en la jefatura capitalina y así como la inserción de López Obrador en aquel proceso de desarrollo.

derechos humanos básicos. El caso sigue sin resolución oficial aunque el gobierno local del Estado de México tiene pendiente una explicación a la Comisión Nacional de Derechos Humanos, ya que entre los encarcelados figuran dos observadores de dicha Comisión.

Quizás, como dice Roger Bartra, el PAN y Felipe Calderón constituyen una imagen tipificada de una derecha moderada, democrática y modernizadora. A la luz de los hechos electorales, la presentación de propuestas y las formulaciones de promesas, no radicaban en la continuidad del régimen foxista, sino más bien en el establecimiento de un estado de derecho, que “con mano firme” acabaría con la inseguridad. Esa línea de premisas representativas del PAN en su última fase de las campañas, incluiría la elevación de castigos y la reevaluación de importancia de categorías en materia legal. Como votantes, no supimos de propuestas concretas sobre la implicación de estas modificaciones en cuanto a problemas ya actuales, como el cupo en las cárceles y la modernización de las mismas. En su totalidad, la oferta del candidato se dirigía hacia la captura de los grandes nombres del crimen organizado, como los narcotraficantes, traficantes de armas y traficantes de seres humanos, etc. A su vez, también se dirigía hacia la seguridad individual al contemplar el común orden en las calles aumentando el número de elementos en las fuerzas armadas y las policías. En general temas poco específicos, hecho que fue igualmente complicado, ya que la misma polarización de los votantes dirigía la estrategia de campaña. Es decir, el lanzamiento de temas generales sin contenido específico en cuanto diseño permite no mentir, y todavía prometer, apelando incluso a la fantasía de los votantes en cuanto a medidas necesarias enfocadas a preguntas del tipo dónde, cómo y cuando los problemas y las soluciones anunciadas podrán cumplirse.

Esta postura que favorece por prioridad al sector de defensa más que a otros sectores, cae en el comportamiento de la derecha, tanto en el plano ideológico como intencionalmente en el de acción. Se conforma muy claramente un escenario electoral en relación al binomio izquierda-derecha en cuanto al voto. Una estrategia del PAN, se puede decir, fue encontrar una imagen que apelara al *status quo*, el mercado y la seguridad, elementos que contienen la mayoría de los partidos cargados a la derecha en la nueva era neoliberal. A su vez, la victoria de Fox y su igualación metafórica con la democracia (frente a un PRI autoritario), lo empujó ligeramente al centro, dándole un toque de partido intermedio, de manera simbólica, como el que poseía antes de la alternancia.

¿Experiencia para gobernar?: la campaña perdida del PRI.

Tras una profunda crisis de identidad, el PRI parece haber encontrado un camino relativamente estable que le permite mayor penetración en el ámbito del poder. Gracias, en parte, a la actitud falible y poca cooperativa del PRD y la izquierda mexicana, el partido para las campañas del 2006 logró la introducción de una propuesta de gobierno reformadora y democrática. Incluso, fue posible generar una imagen del partido visto desde fuera como un núcleo congruente, recuperado del escándalo producido por la crisis interna de Elba Esther Gordillo-Roberto Madrazo. Capaz ahora de plantearse una estrategia "negociadora", enfatizando esta nueva actitud democrática y conciliadora. Aunque el candidato anunciado, Roberto Madrazo, y su equipo de antemano predecían su derrota, el segundo lugar sería suficiente para afectar las disposiciones de mayorías en el Congreso.

Aunque el lema discursivo de la campaña era "experiencia para gobernar", la herencia de un pasado autoritario desarrollado y sostenido por el partido hegemónico hasta la alternancia del poder del 2000, se encuentra todavía presente en la memoria colectiva, sobre todo en la población urbana. La "experiencia" que había dejado el PRI, aparentemente no fue deseada por la población. La experiencia, que el partido supone tener en materia de gobernar, fue subrayado por el candidato reiterando el descontento con la democracia y el gobierno de Vicente Fox, que se expresa, entre otras cosas, en el alto número de abstencionistas, con la siguiente postulación: "Cuando éramos gobierno había programas sociales, había inversiones importantes, había desarrollo, prosperidad, crecimiento y bienestar" (Lupa Ciudadana, 24 de junio del 2006). Quizás con un cierto grado de confianza en sí mismos, el equipo de Madrazo inició campañas poco comprometedoras, esperando que obtuvieran el apoyo de su maquinaria electoral ya constituido desde los tiempos de hegemonía priista. No había en sí razón por la formulación de propuestas concretas, sobre todo en la segunda mitad de las campañas tras el segundo debate de candidatos el 6 de junio del 2006. De esta forma, el PRI propone exponer la imagen de un candidato firme, a favor de la autonomía. Con cierta vaguedad, las propuestas que Madrazo favorece en sus discursos, es la de "voy a otorgar autonomía al Instituto de la mujer, la autonomía de PEMEX, la autonomía del PGR,

(Milenio semanal # 452, mayo 2005) sin concretizar el cómo lo llevara acabo una vez electo. De la misma manera, sus propuestas acerca del otorgamiento de becas para el campo, para madres solteras, no tienen sostén en una propuesta económica, por lo que no son factibles. Por esa razón, parece que tan sólo importaba el carácter valorativo de la imagen que se transmite del partido. Igualmente, Madrazo sólo debía permanecer en pie, apelar a los valores que transforman a su partido en cuanto a credibilidad (ignorando las fracturas internas y pos-traumas de los conflictos/escándalos), para ganar los votos posibles y lograr ejercer presión. Habrá que reconocer, que la estrategia del PRI en las campañas electorales, se basaba en gran medida en la confianza de su propia maquinaria electoral, que sigue impactando sobre todo en el ámbito rural, ámbito que en México sigue constituyendo a una población relativamente excluida y marginada de las decisiones políticas y de la noción de democracia.

El PRI necesitaba generarse una imagen de profesionalismo y experiencia para manejar las situaciones del país frente a la exigencia urbana de seguridad; mientras los votos rurales se contemplaron garantizados en estados tradicionales como Oaxaca, Chiapas y Pachuca, gracias a las viejas estructuras de clientilismo y tradición política del campo. En sí, el ejemplo que ayuda enfatizar la situación del campo, es el surgimiento de la APPO, y el apoyo que recibió el gobernador Oaxaca, a pesar de las acusaciones dirigidas hacia su gobierno. El PRI, con énfasis en su responsabilidad por resolver el conflicto, ya que la presidencia lo empujaba fuera de su responsabilidad sobre el estado de gobernabilidad (por ser asunto estatal- y no nacional), Madrazo llamaba a la negociación, de nuevo reiterando su actitud de negociador y voluntad de generar compromisos.

De esta forma existe un mundo paralelo en cuanto la constitución de dos distintas lógicas que reclaman ser tratadas de diferente manera. Por un lado, la inconsistencia democrática que persiste en las áreas rurales, remite a una comprensión del mundo y las relaciones humanas arraigadas en el autoritarismo. Esto permite el manejo clientelar durante el periodo de campañas, lo que implica el hecho de satisfacer promesas antes de las elecciones. Esta estrategia de captura de votos que opera en la maquinaria electoral priista,

predominantemente autoritaria y anti-democrática, nos lleva a reflexionar sobre el dominio político del PRI. Sin embargo, la alternancia del año 2000 ha planteado la necesidad de promover una reforma interna, por lo menos en lo que concierne una garantía de compromiso con principios de una mejor vida y la pluralidad en las campañas urbanas, y la cooperación infrapartidaria, que unifique el partido hacia el exterior. La cuestión de la democracia, que fue un tema adorado por los adversarios, casi no fungía en los discursos priistas, por la razón de intentar de legitimizar un pasado (Palma: 2006), por la vía de la experiencia. El PRI sigue marcado como partido por el pacto sobre el paquete de la democracia, que se formuló desde arriba, para entregar el poder al pluralismo, y así garantizar la entrada de México al mundo global.

El posicionamiento del PRI tiene varias explicaciones dentro del segundo fase de las campañas. Tras un mal calculo, el PRI se pensó líder a raíz de su maquinaria partidaria, y no lanzó una campaña efectiva. Al igual la imagen de los conflictos internos del PRI se reflejaba en el alejamiento del electorado de esta opción. Madrazo, por razones obvias, no tiene suficiente credibilidad para lanzar una campaña negativa, tal como lo han hecho por parte de la candidatura perredista y panista, y su tercer lugar empieza a definirse, sino es que estaba definido desde un principio.

Retornamos aquí con la personalización de la política a través de los candidatos a la presidencia. Se mencionan algunos factores que aumentan o disminuyen la popularidad de los candidatos. Calderón lleva una campaña de 5 años de duración, por lo que es una cara conocida, mientras la Alianza por el Bien de Todos, aumentan su popularidad con sus actos sociales, como la entrega de uniformes escolares, pensiones, etc. Madrazo, por su parte, mantiene la apariencia del *Good Boy*, y no ha aparecido como personaje determinante en las campañas. Esta misma imagen refuerza la campaña priista, aunque de manera más lenta. Digámoslo así, el PRI está utilizando una estrategia anti-escándalo, y por tanto, más segura.

Dentro de esta perspectiva queda claro, que la herencia autoritaria y la estructura del quehacer política del partido Revolucionario Institucional sigue parcialmente intacto, por lo

que no se puede hablar de un partido céntrico, sino que el peso de las tendencias autoritarias, lo empuja hacia la derecha, dejando incluso, un lugar más céntrico al PAN, en caso que Calderón decida por moverse con mayor fluidez en políticas moderadas.

De la idea al voto

Basándose en las encuestas de opinión que se publicaron en el periodo anterior a la elección y el resultado de la misma, el PRI no se queda fuera del juego. Nos acuerda de su estructura a nivel municipal, donde parece que el PRI no pierde fuerza. El resultado electoral dependió en ese sentido de la capacidad interna del partido priista de movilizar a las bases sociales locales a nivel nacional. La diferencia entre los tres candidatos mayoritarios no constituyó una diferencia clara y determinable, por lo cual el PRI, con el tiempo puede constituir una fuerza política de mayor peso, más una jugada importante como potencial alianza en la composición de mayorías.

En cuanto a las votaciones para el Congreso, el PRI persiste en posición favorable ya que ningún partido logró mayoría absoluta en el senado o la cámara de diputados. Esta situación, en palabras de Santiago, pone a disposición una composición del Congreso favorable para la negociación, al menos que el PRI se divide, se abrirán otras fuentes alternativas de negociación, pero a su vez, acordamos que la división de curules será dado sin contar con mayoría entre los tres partidos, por lo que el partido que se gana el puesto ejecutivo, no tendrá gran oportunidad de realizar su agenda postulado.

La nueva condición política que se plantea aquí, con incertidumbre, termina contradiciendo una ponencia anterior, la de Esperanza Palma, ya que el ponente sostiene que la gran mayoría en edad de votar, no vota según su pertenencia de clase. Es decir, tanto ricos como pobres votan por el PAN, hecho que la Dra. Palma subraya como falsedad. Hay una lógica en las bases sociales a las que apelan los candidatos. El voto no es tan volátil como pueda aparentar.

Si acordamos, que el PRI en 1994 con la decisión de Carlos Salinas, firmó el TLC, entregando la economía mexicana a la lógica del neoliberalismo, lo que en el plano de la economía, se habla de una tendencia que apoya la apertura económica hacia afuera, y da prioridad a la búsqueda de las ventajas comparativas marginales en el mercado de exportación. A su vez, en el plano de la política, su estructura todavía queda preñada por el autoritarismo de la cultura política interna, y el manejo de la competencia política abierta, por medio del clientelismo en el campo. Con la actitud en el plano de lo social de buscar la seguridad para la población, queda claro, que su política favorece y da prioridad a los temas que tradicionalmente pertenece a la derecha. Un factor que indica en lo social su pertenencia a un centro política, se centra en el hecho que el PRI, definitivamente es un partido secularizado, y sus grupos de interés no son católicos ortodoxos, sino que se representan en los medios empresariales. No cabe duda, que Roberto Madrazo se piensa como la opción del centro, por su pronunciamiento a favor de su partido "para que la gente no vote ni por "la derecha radical ni la izquierda conflictiva", sino por la Alianza por México" (Lupa ciudadana, 28 de junio del 2006). Dispuesta la argumentación anterior, en concordancia con la evidencia, el PRI no parece listo para entrar en las columnas de oposición democrática.

El PAN, lanzando campañas negativas al adversario de izquierda, revela, pues, simpatía por el PRI, que a su vez tampoco constituía una amenaza para la presidencia y el mantenimiento del poder. Aunque Calderón parece un candidato moderado, no puede negarse tras las elecciones, notar la lista de compromisos que pronuncia en Septiembre 2006 en San Lázaro, en la que las categorías se encuentran por prioridad. En dicha lista de compromisos, establece la importancia de la economía y el crecimiento económico y del mercado, así mismo, la creación de empleos a través de la mejora económica en conjunto. Asuntos de igualdad de género, el campo y la salud, se encuentran al final de la lista. No hay, pues, una innovación en materia política, que pueda ubicar al PAN como fuerza que pertenece en el centro de la línea política. Su pertenencia a la derecha sigue subrayado por la falta de prioridad a temas sociales pertinentes, y otros temas como salud y clima. Se ha propuesto una reforma electoral, sin embargo, temas como gobernabilidad y democracia, transparencia y democracia se encuentran como última y penúltima categoría de su lista. Despierta

asociaciones a un pasado que los mexicanos reconocen muy bien: el régimen priista. De todas formas, el hecho de que las elecciones quedaron muy con una diferencia mínima de votos entre el PAN y el PRD, significa, que ambos candidatos se quedan con una enorme responsabilidad de cumplimiento, para proveer su régimen con la máxima legitimidad.

La Coalición por el bien de todos, establece sus prioridades en un orden que reivindica el nacionalismo, y que pone las necesidades del pueblo, anterior a la economía y los intereses empresariales de optar por el modelo neoliberal. Su programa social, aunque en gran medida no viable, pretende el mejoramiento, sobre todo en materia de temas de desarrollo de un tercer mundo, como la educación, la igualdad de género, indígenas y otras minorías. Las campañas y el éxito de las mismas, se basaba en un solo personaje, López Obrador, quien se decía, como Cárdenas en sus tiempos, mostrar en las calles lo que no en las urnas. Con esta misma táctica, esperaba dominar el resultado electoral el 2 de julio. Cuando por error, primero Fox y Calderón, luego Ugalde (IFE), pronuncia Calderón como efectivo ganador, la respuesta por parte de la Coalición fue "hubo fraude". Esto fue un gran voto de descalificación para la democracia mexicana, dejando a la izquierda mexicana, desde un lugar céntrico de populismo nacional, en una posición poselectoral antisistémica, a su vez conservador y radical.

Para la geometría política y el binomio de izquierda-derecha, significa, que la lógica de pertinencia se puede alterar fácilmente, sin embargo, si partimos de las propuestas y tendencias de prioridad de temas, se demuestra, que los partidos han desarrollado una estrategia esquemática, incierta en cuanto cumplimiento, pero que permite la identificación con ciertos valores, que pueden nombrarse en una jerarquización según la construcción de una política de bloques inmersa en una relación de izquierda-derecha.

Conclusiones

Por la revisión teórica sobre la geometría política y su relevancia para la interpretación de un sistema de partidos y el sistema político en general, queda explícita su importancia como referente de congruencia. El binomio izquierda-derecha no sólo existe en cuanto a dos ideologías antitéticas, sino que sirve como un referente fijo aun dentro de un escenario de pluralidad entablado por la democracia. Se trata, pues, de dos categorías que existen no solamente como ideas, sino también como categorías asociadas a una *praxis* que se debe formular desde el grupo o partido que interactúa en el ámbito del sistema político y del régimen democrático. La pluralidad no se presenta como obstáculo al uso referencial, sino al contrario, apoya la noción de pertenecer de manera valorativa a un sistema de valores que se distribuye entre dos extremos (izquierda y derecha). En este sentido, el binomio funciona como ordenador del universo político de los partidos y grupos políticos, y sobre la prioridad de sus proyectos según los valores que se han asumido en las distintas coyunturas históricas y políticas.

Tenemos, pues, que el partido del centro no es más que un actor, que en sí no supera dicha distribución en el espacio político, sino que constituye por su parte a un participante más, quien debe organizarse bajo la lógica de una distribución *a priori*. La acción se vuelve fundamental para la vida política en el sentido de recoger acciones políticas en nombre de valores asociativos que construyen un espacio. Los ideales, estarían sin contenido, por lo tanto, se reflejan al menos en posibilidades de acción práctica. Un centro político puede, digamos, reiterar valores de ambos extremos de forma distinta, mas no superar a ninguno de los dos.

Aunque el universo político se penetra por influencias como el liberalismo y el igualitarismo, dichos modelos de pensar no alteran la ontología del universo, por lo que ninguno de los anteriores o sus similares pueden llegar a sustituir el ordenador izquierda-derecha. Podemos, sin embargo, hablar de ordenadores multilaterales. Estrategias de configuración de la competencia política que puede tener lugar en distintos niveles. Hay que acordarse además

que el universo político más que ser bipolar, igual es dinámico, y que los extremos intentan consumirse para la construcción de mayorías. De esta forma, puede haber intercambios concretos, que se integran en las ideologías iniciales, siempre y cuando no se anule el punto de identificación partidaria que constituye la base de su existencia (sería la auto-destrucción).

Lo que podemos reconocer como puntos focales de identificación de la estructuración de competencia alrededor de una geometría política en las campañas para la elección presidencial del 2006 son esencialmente dos elementos. Como se había observado, los países de la tercera ola democrática se encuentran en una doble transición, que refiere a la transición democrática y a la transición liberal. Los partidos políticos, pertenecientes al sistema político mexicano, se muestran en esta nueva fase de identificación plural (democrática) de un régimen democrático ante un nuevo panorama, en el que su apelación al electorado tenía que configurarse en múltiples niveles. De allí, surge por parte de la izquierda mexicana, una coalición que concentra fuerzas alrededor de un personaje popular, Andrés Manuel López Obrador cuya popularidad se crea apelando a valores democráticos y de una izquierda populista, como la distribución económica y social entre pobre y rico, reiterando la diferencia entre estas categorías. De esta forma, el viejo asunto de igualdad y derechos fue el punto focal de la izquierda, aunque su método constitutivo fue por vía del populismo.

A su vez, aunque el sistema del partido hegemónico estuvo presente parcialmente en la forma de interacción entre los partidos políticos (una estructura de valores democrático-antidemocrático), el Partido Revolución Industrial (PRI) no logró establecer un vínculo efectivo con el electorado, que permitiera destacar su actitud de renovación intrapartidaria e intrapartidaria. Los problemas surgidos con las divisiones internas llegaron a la superficie en su momento menos propicio, y se afectó la acentuación de un programa político vigente y realista para un país en pos alternancia, ya con un régimen democrático. De esta forma, la interacción en la vieja estructura posicionaba al PRI en la misma situación antigua de partido no-democrático, y por lo mismo, no apto para construir las bases de una democracia moderna. Así, contemplando el imaginario de un candidato transitorio del pasado priista del partido hegemónico, se empujó hacia una condición marginal en la competencia electoral. La

apelación al *status quo*, con el lema de "experiencia para gobernar" (referencia al pasado autoritario) no tuvo, en buena medida, el apoyo del electorado. Aunque la revelación de nacionalismo y populismo que inicialmente ha pertenecido al PRI persiste al interior, su relación más institucional de intercambio político, por la maquinaria electoral que posee, que lo distingue del PRD y la izquierda mexicana, en una posición favorable para constituirse como un partido céntrico cooperador con el partido presidencial. Se invierten los papeles de oposición constructiva entre el PAN y el PRI. Primero, el PRI debe asumir su papel de oposición, y utilizar dicha posición como punto de identificación. Sus estatutos le apoyan en la figuración de un partido centrista de izquierda, sino es que decide su modificación hacia al paradigma que el partido mismo instauró: el neoliberalismo. Aunque centrista, no logró el lugar de partido de síntesis entre extremos.

Aunque se habla de un escenario de crisis de la política, el PAN, contrariamente a muchas otras naciones latinoamericanas de nuestra época, fue electo para la presidencia. El PAN, como pronunciado partido de derecha vinculado a la iglesia católica y a la derecha ultramundana, logró penetrar en la mitad de la población como un partido estable y democrático (no me corresponde juzgar si lo es o no). Aun con una historia de larga oposición, logró con solo un periodo presidencial imponerse en la decisión del electorado para su reelección como partido de la transición democrática. La campaña del PAN fue sin duda realizada con un manejo adecuado, con gran sensibilidad política de dos estructuras paralelas: por un lado, la idea de pluralidad en la competencia; y por el otro, la referencia a la vieja estructura democracia-antidemocracia (partido hegemónico-oposición). Esta misma acción, lo conduce a la política práctica en la derecha.

Resumiendo, creo haber señalado la relevancia teórica del binomio izquierda-derecha, indicando y enfatizando mucho más la complejidad de un análisis empírico, sobre todo por los múltiples niveles que interactúan en la realidad política. Sin embargo, valorativamente, el binomio encarna cierta normatividad, que permite formular un análisis que pone a prueba la solidez de un sistema de partidos políticos, y que a su vez permite la ubicación espacial de los mismos partidos que lo integran a fin de determinar su ontología y dirección.

Bibliografía

- Roger Bartra (2006): "Fango sobre la democracia" en Letras libres, Septiembre 2006 año VIII # 93
- Ulrich Beck (1998): ¿Qué es la globalización? Paídos, Barcelona.
- Norberto Bobbio (1995): Højre & venstre. Hans Reitzels Forlag, Copenhagen.
- Gloria Leticia Díaz: (2005): "Las redes, un batidillo" en Proceso # 1516/ 20 de noviembre/2005. México
- Guisepppe Di Palma (1992): "¿Cómo se democratizan los países o por qué se democratizan los países" en Transiciones a la democracia, México, Miguel Ángel Porrúa-Cambio XXI
- Maurice Duverger (2000): Los partidos políticos. FCE, México.
- Manuel Garretón (2004): "Los partidos políticos en América Latina" en La democracia en América Latina. Programa de Naciones Unidas de Desarrollo (PNUD), México
- Gino Germani (1969): Política y sociedad en una época de transición. Paídos. Buenos Aires.
- Anthony Giddens (1999): Den tredje vej. Hans Reitzels Forlag, Copenhagen
- Anthony Giddens (2005) Modernitetens konsekvenser. Hans Reitzels Forlag, Copenhagen
- Samuel Huntington (2002): La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX. Paídos, Barcelona.
- Samuel Huntington (2005): El choque de civilizaciones. Paídos, Barcelona.
- Ernesto Laclau: (2006): La razón populista. FCE, México
- Jorge Lanzaro (2006): La tercera ola de izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la socialdemocracia. (En prensa)
- Agapito Maestre (2004): "Izquierda o derecha" en Metapolítica # fuera de serie "1989-2004 la caída del muro". CEPCOM-JUS, México. pp 104-108
- Lorenzo Meyer (1995): El liberalismo autoritario. Océano, México
- Raymundo Mier (2004): "Después de la caída del Muro: de la mascarada al pensamiento de las fisuras" en Metapolítica # fuera de serie "1989-2004 la caída del muro". CEPCOM-JUS, México. pp. 49-57

Alejandro Moreno (1999): "Ideología y voto. Dimensiones de competencia política en México en los noventa." Política y Gobierno, Vol. VI, No. 1, primer semestre. México

Claus Offe (1990): Contradicciones en el Estado del bienestar. Colección Los noventa. Alianza-CONACULTA, México

Esperanza Palma (2006): "¿Quiénes apoyan a los partidos en México?" en POLIS. Investigación y análisis sociopolítico y psicosocial Nueva Época. Segundo semestre 2006 # 2, Volumen 2. UAM-I, México.

Giovanni Sartori (2005): Partidos y sistemas de partidos. 2da edición, Ed. Alianza, Madrid.

Charles Taylor (1997): Argumentos filosóficos. Paídos. España.

Rodrigo Vera (2005): "Ideario traicionado" en Proceso # 1516/ 20 de noviembre/2005. México

Max Weber (2002): Economía y sociedad. FCE, Madrid

Periódicos revisados:

La Jornada

El Milenio

Documentales:

El fraude según Fox. Canal 6 de julio. México. 2006

Ponencias:

Jacqueline Peschard: ponencia presentada durante el seminario "de campañas y utopías electorales". UAM-A abril-mayo 2006

Javier Santiago Castillo: ponencia presentada durante el seminario "de campañas y utopías electorales". UAM-A abril-mayo 2006